

— PAPELES DE FORMACIÓN CONTINUA —

FORUM.COM



*Una historia
que regalar*



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación



Número 229 - 24 de ABRIL de 2026

ÍNDICE

Este número	3
Una historia que regalar	
Retiro	4
Celebramos la Pascua como plenitud de la historia	
Formación	13
Juventud e Iglesia	
Comunicación	17
La misión en el entorno digital	
Carisma	22
Un año con alegría y esperanza	
Pastoral	31
La Iglesia del encuentro	
La Solana	41
La prudencia	
Por tu Palabra	50
“Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea”	
El anaquel	53
¿Giro hacia ‘lo católico’?	
Una estrella en mi ventana	64
Aprendiendo a contar la vida	

FORUM.COM – PAPELES DE FORMACIÓN CONTINUA

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]
Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Una historia que regalar

Comienza el tercer trimestre y a las puertas de este 24 de abril llega un nuevo número de **FORUM.COM** que se abre, en sintonía con la campaña de pastoral de este curso, con el verbo regalar. En pleno tiempo pascual, la alegría del encuentro con el Resucitado se convierte en don para el mundo. Esa alegría que encontramos en el relato de los discípulos de Emaús que es el centro de la reflexión del retiro que ofrecemos en esta edición.

En la justificación de la campaña se señala que “la alegría del Evangelio compromete nuestra historia y nuestras vidas, amplía la mirada y nos hace salir de nosotros, sentirnos enviados a la misión cotidiana, la del servicio en el día a día”. Por ello, prosigue la presentación, “este compromiso con la historia nos invita a humanizar nuestro mundo, a poner en el centro a los hermanos, especialmente a aquellos que más sufren”.

La formación continua es un camino para seguir sensibilizando el corazón para descubrir las nuevas fronteras a las que nos lleva dicho compromiso evangelizador.

Te recuerdo también, en esta recta final del curso, que tienes a disposición para cualquier comentario o sugerencia el correo electrónico forum@salesianos.es ya que cerramos este curso con el próximo número, el del 24 de mayo.

¡Buena Pascua! ¡Buena lectura!

 **Mateo González Alonso**

Celebramos la Pascua como plenitud de la historia

De la cruz a la vida nueva

José Miguel Núñez, SDB

1. Oración inicial: Quédate con nosotros

Guía: Hermanos, como los discípulos que caminaban hacia Emaús, también nosotros venimos hoy ante el Señor con nuestras alegrías, preocupaciones y esperanzas. Abramos el corazón al Resucitado que camina con nosotros.

Asamblea: Señor Jesús, compañero de nuestro camino, quédate con nosotros.

Guía: Señor Jesús, muchas veces caminamos cansados, confundidos o desanimados. Como aquellos discípulos, también nosotros hemos dicho: “Nosotros esperábamos...”. En nuestras dudas y en nuestras noches, acércate a nosotros.

Asamblea: Señor Jesús, compañero de nuestro camino, quédate con nosotros.

Guía: Tú que escuchas nuestras conversaciones, nuestras inquietudes y nuestras preguntas, enséñanos a descubrir tu presencia en la vida cotidiana y en la historia que vivimos.

Asamblea: Señor Jesús, abre nuestro corazón a tu presencia.

Guía: Tú que explicaste las Escrituras a los discípulos y encendiste su corazón, ilumina nuestra mente y nuestra vida con la luz de tu Palabra.

Todos: Señor, que tu Palabra haga arder nuestro corazón.

Guía: Tú que te hiciste reconocer en la fracción del pan, ayúdanos a descubrirete vivo en la Eucaristía, en la comunidad y en el compartir fraterno.

Asamblea: Señor, abre nuestros ojos para reconocerte.

Guía: Cuando el miedo nos paraliza y la esperanza parece apagarse, recuérdanos que tu Resurrección es más fuerte que toda muerte y toda oscuridad.

Asamblea: Señor, renueva en nosotros la esperanza.

Guía: Así como los discípulos regresaron llenos de alegría para anunciar que estabas vivo, envíanos también a nosotros a ser testigos de tu amor y de tu vida nueva.

Asamblea: Señor, haznos testigos de tu Resurrección.

Guía: Con confianza digamos juntos:

Asamblea: Quédate con nosotros, Señor, porque el día declina y necesitamos tu luz. Quédate con nosotros en la Palabra, en el Pan compartido y en la vida de nuestra comunidad. Que nuestro corazón arda con tu presencia y que nuestra vida anuncie siempre la alegría de tu Resurrección.

Todos: Amén.

2. Orar con la Palabra¹

2.1. El contexto

El Evangelio de Lucas fue redactado hacia mitad de la década de los años 70, en un contexto histórico y eclesial particularmente complejo. Su destinatario principal eran comunidades cristianas establecidas en regiones del mundo griego, formadas en gran parte por creyentes provenientes del paganismo que habían abrazado la fe en Jesucristo. Estas comunidades vivían un momento de transición y de prueba, marcado por profundas crisis tanto en el ámbito político como en el religioso.

Las décadas anteriores habían estado atravesadas por acontecimientos dramáticos que afectaron profundamente a los primeros cristianos. En el año 64, bajo el gobierno del emperador Nerón, se desató en Roma una violenta persecución contra los seguidores de Cristo, considerada la primera gran persecución imperial contra la Iglesia naciente. Este episodio dejó una huella de sufrimiento y de martirio en la memoria de las comunidades cristianas.

A esta situación se sumó, pocos años después, un acontecimiento de enorme impacto para el mundo judío y para el cristianismo primitivo: la destrucción de Jerusalén en el año 70 por las legiones del Imperio romano. La caída de la ciudad santa y la ruina del templo significaron el colapso del centro religioso y simbólico del pueblo de Israel. Dos años más tarde, en el año 72, la resistencia judía llegó a su dramático final con la tragedia de Masada, en el desierto de Judea, donde los últimos rebeldes judíos fueron derrotados por el poder romano.

¹ Vídeo de introducción disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=2cXxUPi8Yy0> (2 min. 40 seg.)

En medio de este escenario de crisis histórica y de persecución, la Iglesia primitiva experimentaba también una transformación interna. Poco a poco iban desapareciendo los testigos directos de la resurrección del Señor: los apóstoles que habían acompañado a Jesús y que habían sido fundamento vivo de la fe de las primeras comunidades. Con su muerte, las nuevas generaciones cristianas debían aprender a sostener su fe sin la presencia física de aquellos que habían visto al Resucitado.

En este contexto, el cansancio espiritual y el riesgo del desaliento comenzaban a hacerse sentir entre los creyentes. Surgían preguntas profundas en el corazón de las comunidades: ¿de dónde obtener la fuerza para perseverar en la fe? ¿Cómo mantener viva la esperanza en medio de la persecución, la pérdida y la incertidumbre? ¿De qué modo reconocer la presencia de Cristo cuando ya no están los testigos directos de su resurrección?

Es precisamente en este horizonte donde adquiere un significado particular el relato de los discípulos de Emaús narrado en el capítulo 24 del Evangelio de Lucas. Esta narración no es solamente el recuerdo de una aparición pascual, sino una profunda catequesis destinada a las comunidades cristianas. A través de ella, el evangelista busca enseñar a los creyentes cómo releer la historia a la luz de las Escrituras y cómo descubrir la presencia viva del Señor resucitado en medio de su caminar.

El camino de Emaús se convierte así en un paradigma del itinerario de fe de la Iglesia. Los discípulos pasan del desconcierto a la comprensión, del desaliento a la esperanza, gracias a la interpretación de las Escrituras y al reconocimiento de Jesús en la fracción del pan. De este modo, Lucas el Evangelista ofrece a sus comunidades una clave teológica fundamental: el Señor resucitado continúa acompañando a su Iglesia en la historia, iluminando su camino mediante la Palabra y haciéndose presente en la vida comunitaria y en la celebración eucarística.

2.2. El texto (Lc 24, 13-35)

Aquel mismo día, dos de ellos iban a un pequeño pueblo llamado Emaús, que está a unos diez kilómetros de Jerusalén. En el camino conversaban sobre todo lo sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona los alcanzó y se puso a caminar con ellos. Pero ellos tenían los ojos incapacitados para reconocerlo. Él les preguntó:

- *¿De qué vais conversando por el camino?*

Ellos se detuvieron con rostro afligido y uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo:

- *¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que desconoce lo que ha sucedido allí estos días?*

Jesús preguntó:

- *¿Qué?*

Le contestaron:

- *Lo de Jesús Nazareno, que era un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. Los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él sería el liberador de Israel!, pero ya hace tres días que sucedió todo esto. Es verdad que unas mujeres de nuestro grupo nos han desconcertado; ellas fueron de madrugada al sepulcro, y al no encontrar el cadáver, volvieron diciendo que se les habían aparecido unos ángeles asegurándoles que él está vivo. También algunos de los nuestros fueron al sepulcro y encontraron todo como habían contado las mujeres; pero a él no lo vieron.*

Jesús les dijo:

- *¡Qué duros de entendimiento, cómo os cuesta creer lo que dijeron los profetas! ¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria?*

Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que en toda la Escritura se refería a él. Se acercaban al pueblo adonde se dirigían, y él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron:

- *Quédate con nosotros, que se hace tarde y el día se acaba.*

Entró para quedarse con ellos; y, mientras estaba con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Se dijeron uno al otro:

- *¿No sentíamos arder nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba la Escritura?*

Se levantaron al instante, volvieron a Jerusalén y encontraron a los Once con los demás compañeros, que afirmaban:

- *Realmente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.*

Ellos por su parte contaron lo que les había sucedido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan

2.3. Reflexión

El relato lucano de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) constituye una de las páginas más densas desde el punto de vista teológico y espiritual del Evangelio. En él se manifiesta una verdadera pedagogía del Resucitado, un itinerario de fe mediante el cual Cristo acompaña, ilumina y transforma el corazón de los discípulos abatidos, conduciéndolos desde la desilusión hacia la esperanza pascual. Este proceso puede contemplarse como un camino articulado en cuatro momentos profundamente significativos.

En primer lugar, Jesús parte de la realidad concreta de la existencia humana. El Resucitado se hace compañero de camino de dos discípulos que avanzan entristecidos,

prisioneros de la desilusión y del miedo. La cruz había derrumbado sus expectativas mesiánicas y parecía haber sepultado definitivamente la esperanza. La experiencia de la muerte se imponía con toda su crudeza. Aquella situación refleja no solo el drama vivido por la primera comunidad cristiana, sino también la condición existencial de la humanidad que, en diversos momentos de la historia, se enfrenta al misterio del sufrimiento, del fracaso y de la aparente ausencia de Dios.

Jesús se aproxima con discreción, comparte el camino y suscita el diálogo con una pregunta sencilla pero profundamente reveladora: “¿De qué conversáis mientras vais de camino?”. Esta pregunta abre un espacio para que los discípulos expresen su desconcierto interior. Su respuesta deja al descubierto la crisis de fe que los atraviesa: “Nosotros esperábamos que sería él quien liberaría a Israel...”. La esperanza mesiánica, interpretada en clave política y nacionalista, se había derrumbado ante el escándalo de la cruz. En este primer momento se revela un rasgo esencial de la pedagogía divina: Dios no irrumpe violentamente en la historia humana, sino que se acerca con paciencia, escucha el clamor de sus hijos y se inserta en sus procesos vitales para conducirlos gradualmente hacia la verdad.

El segundo momento del itinerario consiste en la iluminación de la historia a la luz de las Escrituras. Jesús interpreta los acontecimientos recientes desde el horizonte más amplio del designio salvífico de Dios. Recorriendo la Ley y los Profetas, muestra que el sufrimiento del Mesías no constituye un fracaso del proyecto divino, sino el camino mismo por el cual se realiza la redención. La Escritura aparece, así como memoria viva de la acción de Dios en la historia y como clave hermenéutica para comprender el presente.

La interpretación que Jesús ofrece no pretende imponer un saber exterior, sino despertar en los discípulos la memoria creyente. Su exhortación —“¡Qué necios y torpes para creer lo que anunciaron los profetas!”— no busca humillar, sino suscitar una conversión interior que permita releer los acontecimientos desde la lógica de Dios. De este modo, la Palabra revelada se convierte en una luz que ilumina el sentido profundo de la historia y reorienta la mirada de los creyentes hacia el cumplimiento del designio divino.

El tercer momento alcanza su plenitud en la experiencia comunitaria del compartir. Aunque la explicación de las Escrituras hace arder el corazón de los discípulos, todavía no basta para que sus ojos se abran plenamente. El reconocimiento definitivo acontece en el gesto de la fracción del pan. Este gesto, actualizando la Eucaristía, revela que el Resucitado continúa haciéndose presente en la comunidad reunida, en la celebración y en el compartir fraterno.

La Eucaristía aparece, así como el lugar privilegiado de la epifanía del Señor resucitado. En el momento mismo en que los discípulos lo reconocen, Jesús desaparece de su vista. Este aparente desaparecer no significa ausencia, sino una nueva modalidad de presencia. Cristo no retiene a los discípulos en una dependencia infantil, sino que los introduce en una fe madura, capaz de reconocer su presencia en los signos sacramentales y en la vida de la comunidad.

El cuarto momento del relato manifiesta el fruto transformador del encuentro con el Resucitado. Los discípulos, que antes huían de Jerusalén dominados por el miedo, se

levantan inmediatamente y regresan al lugar donde se había consumado el drama de la cruz. Nada ha cambiado externamente: las fuerzas que habían condenado a Jesús siguen presentes. Sin embargo, todo ha cambiado interiormente. La experiencia pascual ha transformado radicalmente su horizonte existencial.

Donde antes reinaba el miedo, surge la valentía; donde dominaba la desesperanza, brota una esperanza nueva; donde había huida, aparece el impulso misionero del retorno. La resurrección de Cristo revela que la muerte no tiene la última palabra y que el poder del amor de Dios es más fuerte que cualquier fuerza de destrucción. En esta experiencia se hace visible la irrupción de la vida nueva inaugurada por la Pascua, esa vida abundante prometida por Jesús (Jn 10,10), que es fruto de la acción del Espíritu en el corazón de los creyentes.

El relato de Emaús no es únicamente memoria de un acontecimiento pasado, sino también paradigma del camino de fe de la Iglesia y de cada creyente. Las palabras de los discípulos —“Nosotros esperábamos...”— resuenan como eco de las múltiples desilusiones que atraviesan la historia humana. Frente a ellas, el encuentro con el Resucitado abre nuevamente el horizonte de la esperanza.

Este texto invita, por tanto, a un examen profundo de la propia vida creyente. ¿Cómo interpretamos nuestras experiencias de fracaso y de sufrimiento a la luz del misterio pascual? ¿Qué lugar ocupa la Escritura en nuestra vida espiritual? ¿Permitimos que la Palabra de Dios ilumine nuestra historia y haga arder nuestro corazón?

Del mismo modo, el relato nos conduce a redescubrir la centralidad de la Eucaristía en la vida cristiana. En la fracción del pan, la comunidad reconoce al Señor vivo que continúa caminando con su pueblo. Allí se renueva la experiencia del encuentro que transforma el desaliento en esperanza y la huida en misión.

Así, el camino de Emaús se revela como imagen del itinerario espiritual de la Iglesia: un pueblo que, acompañado por el Señor resucitado, aprende a leer la historia a la luz de la Palabra, reconoce su presencia en la comunión fraterna y en la fracción del pan y se levanta constantemente para anunciar al mundo la Buena Nueva de la vida que vence a la muerte.

2.4. Orar con la Palabra

- o Contempla la Palabra. En silencio, en paz, sin prisas... saborea cuanto el Señor tiene que decirte.
- o Ora a tu Padre que está en lo escondido... deja que el corazón se exprese, dale rienda suelta a tu plegaria.
- o Puedes concluir con estas palabras:

¡Jesús, tú que eres el Viviente, ilumina nuestras vidas con el gozo de tu Palabra que le da sentido a todas las cosas y llénanos de la gloria que tú y sólo tú, nuestra esperanza, puedes darnos venciendo cada una de nuestras amarguras y enjugando

nuestros llantos! Amén.

¿Por qué lloráis al Incorruptible como si hubiese caído en la corrupción? Id y anunciad a sus discípulos: Cristo ha resucitado entre los muertos. Mujeres evangelistas, levantaos, dejad la visión e id a anunciar a Sión: Recibe el anuncio de la alegría: Cristo ha resucitado. Alégrate, danza, exulta Jerusalén y contempla a Cristo tu Rey que sale del sepulcro como un Esposo” (De los Estikirás, canto de Pascua de la Iglesia Oriental)

2.5. Relectura salesiana: “Era el día de Pascua”

Hace tan solo unas semanas me encontraba en Valdocco y tuve la oportunidad de disponer de una mañana entera para estar tranquilo, reflexionar y rezar en la capilla Pinardi. No pude evitar sentir, como tantas otras veces cuando vuelves *a casa* después de un largo tiempo, una emoción sin límites al recordar nuestra historia, nuestros orígenes y, sobre todo, a nuestro padre.

Todo comenzó en un cobertizo. Hoy, la capilla Pinardi recuerda con un estupendo fresco del Resucitado en el frontal de la pequeña iglesia que aquel domingo de abril, cuando Don Bosco y sus muchachos llegaron a aquel lugar, era Pascua. Él mismo lo recuerda en las *Memorias del Oratorio*:

Reuní a los chicos a mi alrededor y me puse a gritar con voz potente: ‘Ánimo, hijos míos, ya tenemos un Oratorio más estable que en el pasado; tendremos iglesia, sacristía, locales para clases y terreno para jugar. El domingo iremos al nuevo Oratorio que se encuentra allá en casa Pinardi’, y les señalaba el lugar (...) Al domingo siguiente, solemnidad de Pascua, 12 de abril, trasladamos todos los enseres de la iglesia y los juegos, para tomar posesión del nuevo local.

Don Bosco recordó bien aquella fecha. Era Pascua de Resurrección. Como si de un nuevo renacer se tratase, como si Cristo Resucitado, liberado de los lazos de la muerte, abriese de nuevo en dos el mar para que Don Bosco y sus muchachos, atravesando hacia la otra orilla, llegasen la tierra prometida: Valdocco era el cumplimiento del sueño, el lugar señalado por Dios para llevar adelante su obra liberadora a favor de los jóvenes más abandonados y en peligro.

Y lo cierto es que la espiritualidad salesiana, nacida al hilo de la vida en aquellos años de acción significativa del Espíritu, es profundamente pascual. Es una espiritualidad de la vida nueva, de la alegría y de la fiesta, de la confianza en el Padre, de la oportunidad – siempre actual – de recomenzar para aquellos muchachos que han perdido expectativas en el margen de la historia.

Es una espiritualidad muy pegada a la realidad pero profunda y con hondas raíces. Sencilla en sus formas pero con la frescura de quien bebe cada día en las fuentes más auténticas del encuentro con el Resucitado en la Eucaristía, en la Palabra, en la entrega a los que más lo necesitan.

Así educó Don Bosco a sus muchachos. Así seguimos viviendo todos los que hemos respirado el aire del carisma salesiano. Lo recordaba hace unos días ante el imponente Cristo Resucitado que preside el templo a Don Bosco en I Becchi. Justo sobre el lugar donde Don Bosco nació, la imagen del Resucitado nos recuerda que Dios envió a un hombre, cuyo nombre era Juan, e hizo de él buena noticia liberadora para los jóvenes de todos los tiempos y de su historia, historia salvadora.

Como una nueva creación, la obra salesiana es el cumplimiento de la promesa de Dios. Su Hijo nos ha invitado al banquete del Reino y ha hecho de nosotros personas nuevas.

Hoy, los Salesianos y los que compartimos corresponsablemente el espíritu y la misión de San Juan Bosco, como testigos del Resucitado estamos comprometidos a acompañar a los jóvenes hacia una tierra nueva que mana leche y miel.

Siempre que celebramos la Pascua, recordamos que hay caminos nuevos por los que caminar, junto a los jóvenes, hacia la estatura de Jesucristo, el Señor de la Vida.

2.6. Pautas para la vida

- “Si Cristo no ha resucitado... vana es nuestra fe” (1 Cor 15, 14). Piensa un momento en tu experiencia de fe asume algunos compromisos con motivación renovada:
 - Cultivar nuestro encuentro personal cotidiano con el Señor, dedicando tiempo y atención a las celebraciones comunitarias y encontrando espacios en la jornada para la oración personal.
 - Tratar de iluminar la vida diaria con Jesucristo la Palabra de Dios Viviente, haciendo que el evangelio penetre en todos los rincones de nuestra vida de forma que su acción eficaz (como espada de doble filo) transforme nuestro día a día.
- Cuida algunas actitudes en tu proyecto personal de vida que refuercen en ti la virtud de la esperanza:
 - Practicar la misericordia y el perdón con nuestros hermanos para que sea posible la solidaridad que sostiene nuestra espera.
 - Cultivar y hacer crecer la comunión para la vivencia de la fraternidad.
 - Revisar mi vida y alentar caminos de conversión que me ayuden a avivar en mí el fuego del Espíritu y, por su gracia, abandonarme más en Dios cada día.

3. Oración conclusiva

Señor Jesús:

Hoy hemos vuelto a escuchar tu pregunta
a la orilla del mar
y, con la humildad de Pedro, te decimos de nuevo:
"Tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero".

Gracias por elegirnos,
por confiar a nuestra fragilidad la vida de tus jóvenes
y por llamarnos a ser, como Don Bosco,
signos de tu amor en medio del mundo.

Te pedimos audacia misionera:
ayúdanos a pasar de la emoción al compromiso,
de las palabras a la responsabilidad de quedarnos,
y de nuestras seguridades al servicio de los más pobres.

Enséñanos el arte de "hacernos amar"
para que nuestra presencia no sea solo una tarea,
sino el sacramento vivo de tu ternura.
Que donde haya guerra, soledad o vacío,
un salesiano sea siempre memoria de tu fidelidad.

Envíanos ahora de regreso a la misión,
con el corazón encendido,
para que ningún joven se sienta solo y todos descubran,
en nuestra entrega, que Tú caminas con ellos. Amén.

Juventud e Iglesia

Del paternalismo a la coeducación intergeneracional²

Solange Lefebvre³

En este quincuagésimo aniversario de la revista *Concilium* se nos impone llevar a cabo una breve reflexión sobre los jóvenes⁴. Abordaré en primer lugar la importancia de dar espacio a los jóvenes menos conformistas en la Iglesia, y, en segundo lugar, a la de prestar atención a la transición marcada con pequeños rituales, es decir, a la fase de la juventud, para remodelar nuestras perspectivas pastorales.

1. Cambio de modelo

Los jóvenes han recibido por parte de la Iglesia católica una gran atención, al menos en la era moderna en la que la juventud ha llegado a convertirse en un personaje público, móvil, y, en numerosos países del mundo, cada vez más escolarizada⁵. La enorme inversión de las comunidades religiosas en el ámbito escolar es un indicador de esta importancia. En la actualidad siguen aún existiendo potentes redes de escuelas católicas para niños, adolescentes y jóvenes, que contribuyen a la formación de millones de personas cada año en todo el mundo. ¿Y qué podemos decir de los movimientos juveniles, cuya forma y estilo cambian continuamente, según los períodos, los países y los tipos de jóvenes?

² Artículo en *Concilium* 1 (2016), págs. 163-169.

³ SOLANGE LEFEBVRE es miembro de la Royal Society de Canadá y catedrática de Religión, Cultura y Sociedad en la Facultad de Teología y Ciencias de la Religión de la Universidad de Montreal, donde también fue la directora fundadora del Centro para el Estudio de las Religiones (2000-2008). Trabaja sobre la religión en la esfera pública y las relaciones intergeneracionales. Entre sus publicaciones se cuentan 15 volúmenes colectivos, siendo el más reciente *Religion in the Public Sphere. Canadian Case Studies* (2014), el número 354 de *Concilium*, titulado *Vivir en la diversidad*, y más de 130 artículos en revistas y libros.

⁴ Véase *Concilium* 2 (2015), dedicado a los jóvenes adultos.

⁵ Véase, especialmente, S. Lefebvre, «Juventud, búsqueda de sentido y transmisión de la fe. Una aproximación desde dos textos clásicos y la antropología sociorreligiosa actual», en Sociedad Argentina de Teología, *La transmisión de la fe en el mundo de las nuevas tecnologías*, Agape Libros, Buenos Aires 2014, pp. 45-68; y disponible en internet: «Théologie pratique et questions de transmission», *Laval Théologique et Philosophique LTP*, 60/2, junio 2004, pp. 251-268.

Como ocurre en la sociedad, la relación educativa tiende a ser históricamente más bien vertical o descendiente. Los de más edad «forman» a los jóvenes, transmitiéndoles sus conocimientos y su fe religiosa. Ciertamente, se llevan a cabo procesos más dialógicos y enfoques más inductivos, pero ¿dónde se encuentran las contribuciones y las aportaciones significativas y reales de los jóvenes mismos? Por jóvenes entendemos aquí los adolescentes mayores y los jóvenes adultos.

En cuanto a las relaciones intergeneracionales, desde hace varios años y en todas las esferas de la vida social, nos vemos desafiados a repensar la verticalidad de esas relaciones. En el medio laboral, por ejemplo, la formación de los principiantes parece más compleja de lo que se piensa. No solo los más jóvenes presentan personalidades y perfiles diferentes, sino que además algunos necesitan para desarrollarse un máximo de autonomía. Merece la pena recordar aquí los tipos de «principiantes» que he descubierto, con mi equipo de investigación, en un medio profesional de tipo tecnológico. Entre los ocho principiantes a quienes hemos seguido la pista y hemos entrevistado pueden hallarse cuatro perfiles diferentes: el que hemos denominado el heterónomo, que recurre frecuentemente a una autoridad exterior, buscando a menudo la seguridad de su proceder; el *experimentador*, en cambio, desarrolla un aprendizaje más autónomo y detesta que se le esté mirando constantemente por encima del hombro. Al tipo «compañero» le encanta el trabajo organizado y busca casi con avidez beneficiarse de todos los recursos disponibles en el entorno, en los que lo capta algo provechoso con alegría. Finalmente, nos encontramos con el tipo *protegido*, que desea disfrutar de un modelo y de un apoyo de tipo tutorial en su vida. Cada uno de estos tipos establece relaciones diferentes con los trabajadores experimentados, una relación diferente con respecto a las tradiciones y a los saberes adquiridos, y saca algo diferente de los recursos disponibles en su entorno. Según este estudio, el joven, cualquiera que sea su perfil, se desarrolla a través de una red de transmisión que cuando llega a cierto punto hace estallar la noción de modelo, tan apreciado por muchos, en una pluralidad de personajes que participan diversamente en su formación. En un medio determinado un individuo crea relaciones con numerosas personas, desde los más jóvenes hasta los más experimentados, y de este modo se ve introducido en los secretos del oficio y de la organización misma. Estamos seguros de encontrar estos perfiles en el seno de diversas comunidades religiosas, unas que valoran más los perfiles individuales fuertes y otras el servicio colectivo y disciplinado.

Si nuestros medios eclesiales solo buscan jóvenes de tipo heterónomo, que se manifiestan totalmente cómodos con una dinámica muy vertical de transmisión, o jóvenes de tipo «protegido», que buscan al maestro para pensar, podrían privarse de los otros tipos, más autónomos y atrevidos, sobre quienes no podemos dejar de pensar sin recordar al joven Jesús de Nazaret en su tiempo. Es necesario favorecer varios tipos de jóvenes líderes en la Iglesia católica, y entre ellos deberían encontrarse también los jóvenes audaces que cuestionan y sacuden las formas tradicionales de ver las cosas. Pero ¿qué pasa con los jóvenes autosuficientes y los tipos autónomos en la vida católica?

Ciertamente tenemos que admitir los excesos de nuestras sociedades contemporáneas y su valoración de la juventud y sus nuevos conocimientos. Si algunos pensadores modernos o hipermodernos han decretado el fin de las tradiciones, hoy sabemos bien que estas perduran invariablemente a varios niveles en la vida social. En cambio, es necesario reflexionar en el modo en el que nuestras sociedades, al valorar el cambio y la creatividad,

los proyectos educativos fuertes, dan origen a nuevos tipos de jóvenes líderes. ¿Qué consecuencias tiene esto para la Iglesia católica?

Las grandes organizaciones como la Iglesia católica poseen importantes medios para filtrar las aportaciones de los cristianos de base. Pensemos en los sínodos que seleccionan a los laicos y en los discursos públicos elaborados de manera minuciosa, para encontrarnos a menudo con las voces que no hacen sino reforzar los puntos de vista ya conocidos. ¿No habría que crear también espacios más libres para intercambiar y acoger las perspectivas más sorprendentes y atrevidas?

2. Los ritos de los jóvenes

Varios movimientos pastorales de jóvenes han entendido bien su necesidad de ritos y de pasos; pensemos en el de los *scouts*, a menudo citado como un ejemplo por su creatividad simbólica e iniciática. Sin embargo, son pocos los jóvenes que, al vivir esta transición cada vez más larga entre la infancia y la edad adulta, experimentan verdaderos ritos de paso católicos. Numerosos estudios han planteado el problema que constituye confinar la educación cristiana a la infancia y concluir los ritos más solemnes al principio de la adolescencia, puesto que en la mayoría de los países es en este momento cuando se celebra el sacramento de la confirmación. Bien es verdad que ciertas diócesis han optado por retrasar este importante sacramento a una edad más tardía, pero la dificultad persiste.

Entre la confirmación y el matrimonio o el ingreso en la vida religiosa, pocos grandes momentos propiamente católicos marcan la vida de los jóvenes de nuestras sociedades, salvo en el caso de los que están comprometidos y se encuentra en grupos que apoyan su fe. La gran mayoría, sin embargo, despliegan una panoplia de ritos más o menos formalizados para dar sentido a su existencia. Pongamos el ejemplo de aquellos que algunos denominan los «ritos de la primera vez»: la primera vez que se regresa a casa sin que los padres estén ella, con la llave al cuello; la primera vez que se conduce solo un coche; el primer empleo y sueldo, y así sucesivamente. Sin contar las múltiples etapas en el compromiso amoroso: regalar un objeto simbólico que expresa un amor serio, tomar una decisión comprometida en favor del otro, etc. La sexualidad se despliega a menudo según una dinámica de compromiso progresivo.

Hay que ser lúcidos y reconocer estos múltiples momentos rituales que escapan al marco católico sacramental. ¿Podrían celebrarse en el desarrollo de las celebraciones católicas, crear ritos intermedios? ¿Abordarlos incluso y reconocer estos momentos de transición en la vida individual y colectiva al margen de las religiones?

A propósito de los ritos de iniciación, más en general y para concluir, pueden recordarse dos grandes cambios que se han producido al respecto en el curso de los últimos siglos. Por una parte, podemos retomar la idea fundamental propuesta por Mircea Eliade, para quien «la mayoría de los escenarios iniciáticos, aun cuando hayan perdido su realidad ritual [...], se han convertido en lo que [...] encontramos, por ejemplo, en las novelas artúricas: en “motivos literarios”. Es decir, que actualmente comunican su mensaje

espiritual sobre otro plano de la experiencia humana, dirigiéndose directamente a la imaginación»⁶.

Por otra parte, las transiciones, en las sociedades modernas, son graduales, variables, diferenciadas; son además individualizadas y marcan tanto la continuidad de la existencia como sus rupturas, a diferencia del ritual de paso que refuerza la identificación colectiva y pone el acento en la interrupción de los años. De hecho, el período de la juventud se ha prolongado, las etapas de transición se han difuminado, multiplicado y desincronizado. El paso ya no estaría estructurado por los ritos de paso, sino, sobre todo, por procesos uniformes y administrativos. Además, los recorridos, individualizados cada vez más, no permiten cruzar a menudo las diversas etapas de la vida en un contexto colectivo y estructurado. Esta mutación se basa en una modificación de las relaciones entre las generaciones que de ahora en adelante se han liberado de la dominación de una generación sobre la siguiente, lo que conduce al declive de comunidades estables y organizadas.

¿Qué consecuencias tiene todo esto para la fe cristiana? Por una parte, positivamente, esta se mantiene fundada en los grandes relatos que no pueden sino ser inspiradores para la imaginación que evoca Eliade, y, en consecuencia, debe prestar atención a la relación hermenéutica. Por otra parte, los medios pastorales y eclesiales deben aceptar que la mayor parte de los momentos importantes de la vida se les escapan totalmente, y que lo más frecuente es que los jóvenes adultos solo estén de paso en las comunidades cristianas. La dinámica propia de su edad los sitúa en un movimiento de travesía y de exploración.

Sin embargo, los ritos de paso cristianos son, a pesar de todo, buscados y apreciados por un buen número de nuestros contemporáneos, precisamente porque responden siempre a la necesidad de ritos más colectivos que subsiste en nuestras sociedades. Es fundamental reflexionar sobre este espacio de transición que aumenta, llamado juventud, y prestar atención a la originalidad de las transiciones que se despliegan en él. Pensemos en su celebración y transmisión, pero también en recurrir a esta fuerza innovadora de la que siempre ha sido capaz la juventud, como lo hicieron en otro tiempo los fariseos maravillados ante la inteligencia del joven Jesús de Nazaret.

⁶ Mircea Eliade, *Initiation, rites, sociétés secrètes*, Folio/Essais no 196, Gallimard, París 1959, pp. 266-267. Eliade se inspira en el psicoanálisis de Jung. Él percibe las reactivaciones y las supervivencias como fenómenos de transmisión psíquica y un resurgimiento de arquetipos ocultos en la psique humana. Nosotros consideramos estos temas de la reactivación o de la huella de forma diferente, como dimensiones de una memoria humana que está formada por varias facetas, a la vez social, cultural, genética y psicológica. Pueden analizarse estas «huellas» en diversas costumbres folclóricas —carnavales o mascaradas (pensemos en halloween)—, en ciertos ritos de integración en el ejército o en diversos grupos de trabajadores, etc.

COMUNICACIÓN

La misión en el entorno digital Sínodo de la sinodalidad⁷

Grupo de estudio 3

Dios llama a cada bautizado a proclamar la Buena Nueva, confiando a todos este mandato misionero. Históricamente, dentro de nuestra Iglesia misionera, los carismas se han desarrollado para vivir esta misión en respuesta a las necesidades de los diferentes tiempos y culturas. En el momento histórico actual, el *Documento Final* de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (DF), que ahora forma parte del Magisterio ordinario del Papa, ha reconocido el ambiente digital como una cultura, con dinámicas, lenguajes y modos de interacción propios. En esta perspectiva, el Sínodo afirma que «La cultura digital constituye una dimensión crucial del testimonio de la Iglesia en la cultura contemporánea, así como un campo misionero emergente» (DF, n. 149).

Todos nosotros, como bautizados, estamos llamados a llevar la Buena Nueva a las personas que encontramos en este entorno mediante enfoques misioneros que respondan a sus características específicas, aprovechando sus oportunidades y afrontando directamente sus retos y riesgos.

Siguiendo el camino iniciado por su predecesor, Papa León XIV invitó a los participantes en el Jubileo de los Misioneros Digitales y de los Influencers Católicos «a renovar el compromiso de alimentar con esperanza cristiana las redes sociales y los entornos digitales»⁸. El papa León XIV afirmó que «necesitamos discípulos misioneros que lleven al mundo el don del Resucitado; que den voz a la esperanza que nos da Jesús Vivo, hasta los confines de la tierra (cf. *At* 1,3-8); que lleguen a dondequiera que haya un corazón que espera, un corazón que busca, un corazón que necesita. [...] buscar siempre la “carne sufriente de Cristo” en cada hermano y hermana con los que nos encontramos en internet»⁹. El Papa también subrayó que «debemos discernir cómo

⁷ Síntesis de trabajo a partir del texto original en inglés del informe elaborado por el correspondiente grupos de estudio “sobre cuestiones relevantes del Informe de síntesis de la Primera Sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos: ‘Para una Iglesia sinodal: comunión, participación, misión’”.

⁸ LEÓN XIV, *Discurso a los influencers y misioneros digitales*, 29 de julio de 2025.

⁹ *Ibid.*

utilizar las plataformas digitales para evangelizar, para formar comunidades y para desafiar a los falsos dioses del consumismo, del poder y de la autosuficiencia»¹⁰.

Durante ambas Asambleas sinodales, el Sínodo identificó un creciente llamado a comprender cómo la misión de la Iglesia puede vivirse mejor en esta era digital. Este tema se articuló en el capítulo 17 del *Informe de síntesis* de la Primera Sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (IS, n. 17) y, de manera más explícita, en los párrafos 58, 59, 113 y 149 del *Documento final*.

Al Grupo de Estudio 3 se le confió la tarea de identificar formas concretas a través de las cuales la misión digital de la Iglesia pueda llevarse a cabo fielmente. Nuestro trabajo se centró en cómo la Iglesia ya está dando testimonio hoy en día y cómo puede seguir dando testimonio de manera más eficaz del Evangelio de Jesucristo en una época en la que los entornos digitales y físicos están estrechamente interconectados en todos los ámbitos de la vida social, especialmente entre los jóvenes. Esta revolución digital se sitúa en el centro de un cambio de época, que nos desafía a responder con fidelidad y a llevar adelante nuestra misión evangélica en este nuevo contexto¹¹.

De acuerdo con este mandato, nuestro Grupo ha tratado de abordar las preguntas¹² planteadas por la Secretaría General del Sínodo¹³ sobre cómo la Iglesia puede aprender del entorno digital, interactuar con él y llevar a cabo allí su misión. Nuestro Grupo ha compartido estas preguntas con grupos y personas de diferentes orígenes en todo el mundo, reflejando el compromiso constante de la Iglesia con la escucha y el diálogo.

Es importante reconocer desde el principio que, incluso con esta amplia consulta, nuestras conclusiones son preliminares. La Iglesia está presente en el entorno digital desde sus inicios; sin embargo, fomentar este compromiso en todos los niveles de la Iglesia requiere tiempo. A medida que la tecnología digital sigue evolucionando, el discernimiento de la Iglesia sobre cómo vivir su misión sigue siendo un camino en curso, más que una tarea ya concluida.

Al mismo tiempo, hemos aprendido mucho a lo largo de nuestro amplio proceso sinodal de consulta y escucha. Este informe identifica muchas expresiones actuales de la misión en una época tan fuertemente caracterizada por la tecnología digital y la innovación continua, y extrae valiosas lecciones aprendidas hasta la fecha. Sobre la base de estos logros, ofrecemos sugerencias concretas sobre cómo la Iglesia puede seguir

¹⁰ LEÓN XIV, *Discurso a los superiores mayores de la Compañía de Jesús*, 24 de octubre de 2025.

¹¹ Cf. *Ibid.*

¹² (1) Qué puede aprender una Iglesia sinodal misionera de un arraigo más profundo en el entorno digital; (2) De qué manera puede integrarse la misión digital de manera más estable en la vida de la Iglesia y en sus estructuras eclesiales, profundizando en las implicaciones de la nueva frontera misionera digital para la renovación de las estructuras parroquiales y diocesanas existentes (cf. IS, n. 17j); (3) Qué adaptaciones al entorno digital exige la noción de jurisdicción, tradicionalmente vinculada a un territorio geográfico; (4) Qué recomendaciones o propuestas prácticas existen en relación con la misión de la Iglesia en el entorno digital; (5) Si se desea compartir más aportaciones o buenas prácticas sobre este tema, o señalar otras cuestiones o retos que deberían abordarse en este proceso de estudio y reflexión.

¹³ SECRETARÍA GENERAL DEL SÍNODO, *Grupos de estudio para las cuestiones surgidas en la Primera Sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, a profundizar en colaboración con los Dicasterios de la Curia Romana. Esquema de trabajo*, 14 de marzo de 2024, sección 3: «La misión en el entorno digital».

promoviendo la misión de anunciar el Evangelio en el mundo digital y vivir este nuevo capítulo de su historia misionera. Cinco temas estructuran nuestras recomendaciones:

1. En primer lugar, **el entorno digital no es simplemente un conjunto de herramientas que hay que dominar**; es una cultura. Comprenderlo implica comprender cómo nos relacionamos unos con otros, cómo formamos comunidades y, en última instancia, cómo compartimos el Evangelio en un mundo cada vez más mediado por lo digital (cf. DF, n. 113).

2. En segundo lugar, **el compromiso digital permite escuchar, acompañar y dar voz a aquellos cuya voz no es escuchada**, y es expresión de la misión social de la Iglesia. Hemos escuchado constantemente que el entorno digital puede ser un lugar donde las personas buscan sinceramente a Dios y expresan profundas necesidades espirituales (cf. IS, n. 17b). Por lo tanto, puede ser una forma de vivir la misión social de la Iglesia y una nueva dimensión de la opción preferencial por los pobres.

La visión del papa Francisco de una Iglesia «hospital de campaña», que sale hacia las periferias, se refleja en la labor de los misioneros en el entorno digital, dispuestos a responder a las personas que sufren. Los espacios digitales pueden convertirse así en lugares de auténtica conexión humana, no solo de intercambio de información. **En su mejor expresión, el compromiso digital no sustituye a los encuentros presenciales, sino que puede conducir a ellos, enriqueciendo las relaciones y las comunidades.** Como subraya el papa León XIV, «nuestra misión, la misión de ustedes, es nutrir una cultura de humanismo cristiano, y hacerlo juntos. Esta es la belleza de la “red”»¹⁴.

3. En tercer lugar, **esta cultura digital requiere la misma intencionalidad, formación y espíritu misionero que ponemos en cada ministerio intercultural.** Así como los misioneros a lo largo de la historia han aprendido idiomas, comprendido usos y costumbres y adaptado sus enfoques manteniendo la integridad del Evangelio, todos los bautizados están llamados a ser sal y levadura en esta nueva cultura, permaneciendo arraigados en la verdad, la bondad y la belleza de nuestra fe católica (cf. DF, n. 59).

4. En cuarto lugar, **en su mejor forma, el compromiso digital favorece naturalmente elementos de sinodalidad:** escucha, participación y corresponsabilidad. En su mejor expresión, la interacción en línea ofrece oportunidades sin precedentes para escuchar voces diferentes por su procedencia, área geográfica y perspectiva - en particular aquellas que a menudo se marginan en los contextos eclesiales tradicionales. En su mejor expresión, la cultura digital puede reflejar algo de la propia identidad de la Iglesia

¹⁴ LEÓN XIV, *Discurso a los influencers...*, cit.

como red de redes, expresando esa unidad en la diversidad que es el signo distintivo del Cuerpo de Cristo (cf. DF, n. 149)¹⁵.

5. En quinto lugar, al mismo tiempo, **el entorno digital plantea retos inmensos**. Conlleva grandes riesgos y está moldeado por algoritmos que pueden aislarnos en *cámaras de eco* y manipularnos; por modelos económicos que monetizan nuestra atención y monitorean nuestras acciones; y por dinámicas que favorecen la polarización en lugar de la comunión, y pueden alimentar el nihilismo y la violencia. Las mismas plataformas que hacen posible la conexión también pueden favorecer la deshumanización. Por eso, en la era digital estamos llamados a vivir nuestra fe con madurez y espíritu de oración en comunidades presenciales, alimentadas por los sacramentos, y a promover interacciones presenciales y digitales que respeten la dignidad humana, favorezcan el encuentro auténtico y den testimonio de la verdad en la caridad. Esto es especialmente cierto en el caso de los jóvenes, que a menudo se encuentran con la fe por primera vez en línea. Como advierte el papa León XIV, una fe descubierta exclusivamente en los espacios digitales corre el riesgo de permanecer «desencarnada», sin arraigarse en relaciones reales o en la vida de la Iglesia, y puede dejar a las personas «solos consigo mismos» en un aislamiento moldeado por los algoritmos¹⁶.

Estas convergencias son el resultado de nuestro trabajo sinodal de escucha y diálogo con numerosas personas y grupos, entre ellos conferencias episcopales, personas involucradas en los procesos sinodales, académicos y expertos, jóvenes y aquellos que están comprometidos intencionalmente con la misión digital. Esta consulta sinodal ha dado lugar a una serie más específica de intuiciones y recomendaciones, que resumimos en detalle en el informe completo.

Como todo nuevo camino, la misión común en el entorno digital es un proceso en desarrollo. La Iglesia está aprendiendo sobre la marcha los retos, las oportunidades y los lenguajes que presenta esta cultura emergente. Conceptos como misión digital, sinodalidad en línea, jurisdicción, acompañamiento y discernimiento digitales requieren una mayor profundización para aclarar su significado teológico, pastoral y canónico. También es necesaria una reflexión continua sobre la formación y la implicación de quienes están comprometidos en esta misión digital. Este proceso de aprendizaje y discernimiento es, en sí mismo, una experiencia sinodal, mientras caminamos juntos para discernir cómo el Espíritu Santo sigue guiando a la Iglesia a encarnar el Evangelio

¹⁵ Un ejemplo particularmente significativo de este enfoque es la iniciativa «Building Bridges», puesta en marcha en 2022 entre varias oficinas vaticanas y universidades de América del Norte y del Sur, en la que se invitó a los estudiantes a participar en sesiones de escucha al estilo sinodal entre los continentes, que culminaron en un diálogo virtual con Papa Francisco. Este modelo se amplió y replicó posteriormente, involucrando a estudiantes, profesores, pastores y universidades también en África y en la región de Asia-Pacífico. Véase S. CERNUZIO, «El Papa dialoga con estudiantes de América del Norte, del Sur y Central para “tender puentes”», 21 de febrero de 2022, Vatican News, <https://www.vaticannews.va/it/papa/news/2022-02/papa-francesco-incontro-giovani-universitari-america-loyola.html>.

¹⁶ LEÓN XIV, *Discurso a los miembros del Organismo Consultivo Internacional de los Jóvenes*, 31 de octubre de 2025.

con fidelidad y creatividad, haciendo de la cultura digital un espacio de encuentro, testimonio y comunión.

La misión en el entorno digital forma parte del proceso de conversión pastoral, misionera y sinodal al que el Espíritu Santo llama hoy a la Iglesia. No se trata simplemente de utilizar herramientas digitales para proclamar el Evangelio, sino de encarnar ese anuncio en la evolución cultural del entorno digital, donde las relaciones, los lenguajes y las formas de comunidad adoptan configuraciones nuevas y específicas. La presencia de la Iglesia en la esfera digital puede ser un signo de comunión y testimonio de esperanza, capaz de reflejar el rostro misericordioso de Cristo. Que este discernimiento contribuya a fortalecer una Iglesia más sinodal, participativa y misionera, fiel a su propia vocación de anunciar el Evangelio con creatividad y fidelidad.

Un año con alegría y esperanza

Entrevista a Fabio Attard tras un año como Rector Mayor¹⁷

ANS

Con motivo del primer aniversario de su elección como Rector Mayor, ANS se complace en presentar esta entrevista especial con el padre Fabio Attard. En esta significativa etapa de su servicio a la Congregación, el XI Sucesor de Don Bosco repasa el camino del último año, marcado por desafíos, gracias recibidas y momentos especialmente significativos. Comparte reflexiones sobre la centralidad de Cristo, sobre la fuerza y la vigencia de la identidad salesiana, sobre la dimensión misionera de la Congregación, sobre los desafíos que enfrentan los jóvenes hoy y sobre las perspectivas del camino en un mundo en rápido cambio. Con gratitud y esperanza, esta conversación ofrece una mirada al corazón de su ministerio de guía y a la visión que orienta el futuro de la misión salesiana.

Padre Fabio, ha pasado un año desde su elección como Rector Mayor. ¿Cómo describiría este primer año de su mandato?

Lo describiría como un año de descubrimiento — el descubrimiento de una realidad que es al mismo tiempo variada y compleja. Sin embargo, algo que sigo confirmando dentro de mí, habiendo formado ya parte del Consejo anteriormente, es el hilo conductor del Carisma Salesiano.

Sigo viendo cómo Don Bosco está verdaderamente vivo y presente en los distintos contextos de la Congregación. En cada contexto, hay un significado propio en la manera en que los salesianos viven su carisma. Para mí, este año ha sido una confirmación, a una escala mucho más amplia, de lo que ya sabía antes de ser elegido Rector Mayor.

¹⁷ Entrevista de ANS publicada en <https://www.infoans.org/es/secciones/entrevistas/item/27473-rmg-con-alegria-y-esperanza-primer-aniversario-de-la-eleccion-del-rector-mayor>.

¿Hubo muchos momentos y eventos importantes para usted este año. ¿Cuáles fueron los más memorables?

Dos momentos memorables afloran con mucha claridad en mi mente y en mi corazón.

El primero es la celebración del 150° aniversario de la Primera Expedición Misionera. A través de esas celebraciones conmemorativas, tuve la oportunidad de profundizar mi comprensión de lo que ocurrió en aquel período, y luego de revivir esas experiencias tanto en Turín como en Génova. Allí redescubrí la grandeza de Don Bosco — un hombre de fe que se atrevió a mirar el mundo con una visión misionera.

El segundo momento fue nuestra visita como Consejo General al papa León XIV. Tuvimos la oportunidad de encontrarnos juntos con el Santo Padre. En cierto sentido, nos imaginamos como Don Bosco y sus consejeros encontrándose con el Papa. Nos pareció verdaderamente como un padre que se reúne con sus hijos y los bendice. Estos fueron dos momentos muy intensos y significativos para mí.

¿Tiene la sensación de que algunos de sus sueños están empezando a tomar forma? ¿Está satisfecho?

Diría que no depende tanto de los sueños. Depende más de las prioridades que el Capítulo General nos ha dado. Mis sueños son precisamente los de llevar a pleno cumplimiento esas prioridades del Capítulo General.

Podemos expresarlas en cuatro áreas principales:

- Primero, fortalecer la centralidad de Cristo en nuestra vida cotidiana.
- Segundo, desarrollar una propuesta pastoral actualizada y llevada a cabo con profesionalidad.
- Tercero, afrontar los desafíos pastorales que plantea la Inteligencia Artificial.
- Y cuarto, fortalecer la formación salesiana como oportunidad para profundizar nuestra identidad carismática.

Por eso mi satisfacción viene de ver cómo vamos avanzando gradualmente en estas direcciones.

¿Se ha reunido con el Santo Padre, el papa León XIV, en varias ocasiones este año. ¿Qué mensaje suyo le ha impactado más?

Dos mensajes del Santo Padre me han tocado profundamente. En primer lugar, nos animó a ser proféticos y valientes en el anuncio del Evangelio a los jóvenes en un contexto globalizado en el que el vocabulario está cambiando, las imágenes están cambiando, la cultura está cambiando y las situaciones sociales están en continua evolución. Nos

exhortó a vivir dentro de este contexto y a permitir que el mensaje evangélico se integre en él.

El segundo mensaje fue su aliento a seguir fortaleciendo nuestra presencia misionera en lugares difíciles. Nos dijo: tienen la fuerza, tienen la experiencia, tienen los recursos para estar presentes en las situaciones más peligrosas y exigentes. Ya lo están haciendo — sigan haciéndolo, y aún más. Ese aliento fue muy poderoso y reconfortante.

¿Ha visitado diversas regiones de la Congregación. ¿Puede resumir su impresión en tres palabras?

Es una pregunta difícil. Las tres palabras que resumen mi impresión son: Viva, Comprometida y Proactiva.

La Congregación Salesiana está muy viva — en distintas regiones y de maneras diferentes, porque enfrenta desafíos distintos. En segundo lugar, veo que la Congregación está muy comprometida en procurar ser lo más significativa posible para los jóvenes, especialmente los más pobres. En tercer lugar, veo que la Congregación es proactiva en su respuesta a las necesidades nuevas y emergentes en distintas partes del mundo — en su creciente atención a los pobres, a los más abandonados, a los refugiados y en el trabajo de animación social.

¿Cuáles son las preocupaciones o desafíos que escucha con más frecuencia de sus hermanos?

La primera preocupación es crecer aún más en nuestra identidad — nuestra identidad de creyentes y de Salesianos de Don Bosco. Este era ya un tema central durante el Capítulo General y sigue surgiendo con claridad en los encuentros. En este mundo globalizado, debemos asegurarnos de que nuestra identidad no se vea debilitada por nuestras actividades. Veo esta preocupación como algo muy positivo.

La segunda preocupación tiene que ver con los recursos. Cuanto más nos comprometemos con los jóvenes, más nos encontramos con sus necesidades y sus desafíos. A veces, tanto los recursos humanos como los materiales no son suficientes. Por un lado, esto pone de relieve la necesidad de crecer en identidad. Por otro, muestra la necesidad de responder creativamente a las oportunidades. Aunque las veamos como desafíos, indican una actitud positiva hacia nuestra misión.

Usted tiene una sensibilidad especial hacia las inspecciones y los hermanos que viven en situaciones de guerra y dificultad. ¿Cómo mantiene el contacto con ellos y cómo los apoya?

A nivel mundial, estamos siendo testigos de lo que los analistas políticos — e incluso el papa Francisco — han descrito como una tercera guerra mundial a pedazos. En muchos

lugares, nuestros salesianos trabajan en medio de conflictos, guerras civiles, situaciones de guerrilla y graves problemas sociales.

Mantengo el contacto con ellos a través de todos los medios de comunicación disponibles. Procuro hablar directamente con quienes están sobre el terreno. Valoran mucho esta cercanía. Me aseguro también de que sus situaciones sean conocidas en toda la Congregación.

Por ejemplo, durante nuestros encuentros con el papa León, me preocupé de llevarle directamente sus historias. Mostró verdadero interés y aliento ante estas situaciones.

Lo que más me impresiona es su determinación de quedarse. A pesar de las dificultades, no expresan el deseo de marcharse. Su testimonio y dedicación son un verdadero honor para las personas a quienes sirven y un estímulo para todos nosotros.

¿Qué realidades de los jóvenes le han impactado más durante sus visitas?

En América, Asia y Europa, he encontrado una profunda sed de sentido entre los jóvenes.

Cuando uno los encuentra en momentos de verdadero diálogo — no solo en los momentos de fiesta y de canto, que son importantes — sino cuando realmente los escucha, descubre su deseo de espacios de relación y de pertenencia. Quieren sentirse escuchados.

Las preguntas que brotan de sus corazones revelan un deseo de comunidad y de sentido. Sí, hay una sed de espiritualidad en el sentido más amplio del término. Cuando se les ofrecen momentos de silencio, reflexión y contemplación, responden positivamente — especialmente quienes ya forman parte de nuestras casas y de nuestras experiencias.

Uno de sus sueños es ayudar a los hermanos a conocer y amar más a Don Bosco. ¿Cuáles son sus proyectos?

Este deseo nace directamente de la preocupación por la identidad expresada en el Capítulo General.

Ya contamos con muchas valiosas experiencias de formación en América Latina, África, Asia y Europa. Al mirar sus frutos, vemos que deben ser reforzadas y consolidadas.

Recientemente hemos decidido crear un Centro de Alta Formación Salesiana en *Colle Don Bosco*. No se trata de crear algo completamente nuevo, sino de coordinar los cursos existentes que ya están siendo de gran beneficio para muchos — en la Pastoral Juvenil, en la dirección espiritual y en el liderazgo salesiano.

Muchos laicos pertenecen hoy a nuestra misión no solo funcionalmente, sino también carismáticamente. Profundizar en el carisma y descubrir a Don Bosco de manera más

honda es una necesidad real que surge de su propia experiencia. Este centro tiene como objetivo responder a esa necesidad.

El Consejo General está formado por dieciséis miembros. ¿Cómo valoran su contribución? ¿Siguen una estrategia de liderazgo específica?

Somos dieciséis miembros provenientes de doce países distintos. Esto refleja la dimensión internacional de la Congregación.

Todos tienen una sólida experiencia en el liderazgo y en la animación. Nuestra estrategia principal es el discernimiento. Escuchamos atentamente los desafíos en las distintas regiones. Los interpretamos a la luz del Capítulo General y de lo que Dios nos está diciendo hoy. Luego, juntos, de manera sinodal, tomamos las decisiones.

Procuramos que todas las voces se sientan escuchadas. En la sinfonía de voces diversas, buscamos discernir hacia dónde nos está guiando el Espíritu Santo.

**¿Colaboran con las Hijas de María Auxiliadora (HMA) y la Familia Salesiana?
¿Colaboran también con otras congregaciones religiosas y organizaciones globales?**

Sí, con las HMA la colaboración es muy intensa en muchos ámbitos. Por ejemplo, el Movimiento Juvenil Salesiano es un hermoso espacio de colaboración. También en el sector educativo la cooperación es muy fuerte. Y en el camino de la Familia Salesiana hay numerosos ámbitos en los que caminamos juntos.

En cuanto a otras congregaciones, no siempre tenemos proyectos comunes a nivel organizativo. Sin embargo, muchas congregaciones se ponen en contacto con nosotros para compartir nuestras experiencias. Recientemente, dos congregaciones nos pidieron animar sesiones sobre liderazgo y compartir nuestras mejores prácticas en Formación y Pastoral Juvenil. Por eso, aunque no existan alianzas formales, hay un verdadero intercambio de experiencias y aprendizaje. Al mismo tiempo, también aprendemos de otras congregaciones. Les preguntamos qué están haciendo en los sectores en los que estamos comprometidos. Este flujo de intercambio se da no solo a nivel central, sino también a nivel provincial y nacional.

En cuanto a las organizaciones globales, estamos presentes en Bruselas a través de Don Bosco International (DBI), en las Naciones Unidas a través de Don Bosco UN y en África a través de la Unión Africana. Gracias a estas presencias, conectamos las realidades locales con las plataformas internacionales.

En el campo de la educación y la formación profesional, colaboramos no solo con los gobiernos locales sino también con organizaciones internacionales que gestionan proyectos en distintas partes del mundo. Trabajamos con ellas para asegurarnos de que estos proyectos lleguen realmente a los jóvenes y contribuyan a forjar su futuro.

Los Salesianos son la segunda congregación religiosa más numerosa. A pesar del leve descenso numérico, ¿cómo perciben el crecimiento de las vocaciones de cara al futuro? ¿Cómo piensan consolidar los números y las presencias?

Hay dos aspectos que considerar. En primer lugar, en lo que respecta a las vocaciones, es evidente que los cambios demográficos influyen en el crecimiento vocacional. Por ejemplo, lo que llamamos crisis vocacional en Europa está estrechamente ligada a los cambios en la estructura familiar y en el estilo de vida. Ya no tenemos familias numerosas como antes; tenemos familias nucleares. Ahora estamos viendo cambios similares en algunas partes de Asia: de los sistemas familiares patriarcales a las familias nucleares, de la vida rural a la urbana.

Este cambio no debe interpretarse como si alguien estuviera haciendo algo mal. Más bien, nos invita a revisar nuestro modelo pastoral. ¿Cómo nos comprometemos en la educación y la evangelización en una sociedad posmoderna? ¿Qué lenguaje debemos usar?

Al mismo tiempo, aunque las vocaciones a la vida consagrada puedan ser menos numerosas en algunas áreas, estamos asistiendo a un aumento significativo de colaboradores laicos que pertenecen profundamente a nuestra misión. Hoy, cuando hablamos de presencia salesiana, no nos referimos solo a los salesianos consagrados, sino a la comunidad educativo-pastoral — laicos y salesianos que comparten la misma misión.

Ahora, en cuanto a la consolidación: una de las prioridades de la Congregación en los últimos veinte años ha sido la coherencia de la vida comunitaria. Los salesianos no están presentes solo para garantizar un funcionamiento regular. Están presentes para dar testimonio a través de su consagración.

No se trata de tener uno o dos salesianos dispersos en muchos lugares. Se trata de tener comunidades cuya propia vida sea un mensaje. Si los números disminuyen, puede que debamos unir presencias, fortalecer las comunidades que acompañan múltiples obras, o incluso cerrar algunas presencias tras un serio discernimiento. El desafío vocacional puede reducir los números, pero no debe debilitar nuestra identidad.

Tienen noventa y tres inspectorías que trabajan en ciento treinta y siete países. ¿Cómo promueven la unidad y una visión compartida en una Congregación tan culturalmente diversa?

Esta pregunta toca la fuerza del carisma. Cuando nos reunimos para un Capítulo General, tenemos más de doscientos salesianos provenientes de unos ciento treinta y siete países. Y sin embargo, de alguna manera, el lenguaje del carisma es el mismo. Las imágenes, las referencias, la inspiración — son compartidas.

La Congregación es suficientemente madura como para permitir que la fuerza del carisma en el corazón de cada salesiano dialogue con las realidades locales. La expresión de nuestra propuesta puede diferir en un contexto cristiano respecto a uno no cristiano.

El vocabulario puede cambiar. Pero cuando llegamos al corazón de los jóvenes — su deseo de sentido, de amor, de acompañamiento — el sistema preventivo habla universalmente.

La fuerza de la Congregación radica en estar profundamente arraigados en nuestra identidad consagrada y profundamente comprometidos con el contexto en el que servimos. Cuando encontramos a los jóvenes a nivel humano, con empatía y respeto, el carisma encuentra su camino.

¿Cuál es la prioridad más urgente para la misión salesiana hoy?

La prioridad más urgente es nuestra identidad. Si perdemos nuestra identidad de creyentes siguiendo las huellas de Don Bosco, corremos el riesgo de ser moldeados enteramente por la cultura que nos rodea. Ofreceríamos un producto en lugar de una experiencia.

Nuestra identidad — arraigada en los valores evangélicos y enriquecida por el sistema preventivo — nos permite ofrecer una humanidad inspirada en Cristo. Cuanto más avanzamos, más clara debe volverse nuestra identidad.

¿Cómo está respondiendo la Congregación a los rápidos cambios culturales y digitales que afectan a los jóvenes?

El desafío digital se aborda en distintos niveles en las diversas inspecciones. Forma parte de nuestra realidad y no podemos ignorarlo.

En muchas universidades y centros, este tema ya es objeto de estudio profundo. Lo que nos preocupa es: ¿qué nos dice el mundo digital como educadores a la luz del Evangelio?

He propuesto la idea de un grupo de reflexión internacional — no para producir documentos, sino para permitir una reflexión seria sobre la inteligencia artificial y la cultura digital a nivel de liderazgo, con la ayuda de expertos de todo el mundo. Esta reflexión podrá luego llegar a las Inspecciones.

Debemos hacernos dos preguntas: ¿cómo estamos integrando lo digital en nuestra misión y de qué manera lo digital está moldeando nuestra forma de pensar? Ambas cosas deben ir de la mano.

Es interesante notar que nuestra insistencia en este desafío precedió a la elección del papa León. Cuando él también lo subrayó con fuerza, eso confirmó que vamos en la dirección correcta.

¿Cuál es la aportación especial que los salesianos ofrecen al mundo hoy?

Creo que es la experiencia del espíritu de familia. Con frecuencia, cuando las personas entran en una casa salesiana, dicen: “Parece que ya hubiera estado aquí antes”. Esa es la atmósfera de familia.

Ser amigos de los jóvenes no es solo una acción; es una actitud. No significa que ellos ya nos conozcan. Significa que hemos decidido estar con ellos y para ellos.

En los lugares de conflicto, las personas acuden a las casas religiosas, como nuestras casas salesianas, porque saben que son espacios de acogida y protección. Lo que Don Bosco ofrece es un sentido de hogar — un lugar de alegría, acogida y pertenencia.

¿Siguen los salesianos promoviendo la ecología y la educación para la paz? ¿Cómo se refleja esto hoy?

Sí. En los recientes Capítulos Generales hemos prestado especial atención a la ecología.

Cuando visito nuestras escuelas, siempre me sorprende lo limpios, organizados y cuidados que están los ambientes. No se trata de ser los mejores de la clase; se trata de crear conciencia sobre entornos ecológicamente sostenibles. Y cuando se respeta a la persona, naturalmente se respeta también la creación.

En cuanto a la educación para la paz, en muchas de nuestras presencias hay jóvenes de distintas religiones y grupos étnicos, y sin embargo reina la armonía. ¿Por qué? Porque dentro de nuestras casas hay familiaridad, respeto y comunión.

No pedimos un certificado de religión ni de etnia. Hay fraternidad y solidaridad. Quizás debamos hacer este testimonio más explícito, pero ya se vive de manera muy profunda.

¿Qué lo sostiene personalmente cada día en esta exigente misión?

Lo que me sostiene cada día es la vida de oración.

Esta misión está arraigada en nuestra consagración. Es ahí donde encontramos alimento, luz para las decisiones y aliento para seguir sirviendo a los jóvenes. Ser consagrado no es un detalle: es lo que somos. Desde esta convicción, avanzamos juntos como comunidad, procurando ser Don Bosco hoy.

¿Hay algún pasaje de la Escritura o alguna expresión salesiana que lo haya guiado este año?

Sí, el pasaje que elegí para el Aguinaldo: “Haced lo que os diga”. Durante el Capítulo, sentí que estábamos muy abiertos a lo que el Espíritu nos estaba diciendo. En la escena

evangélica de Caná, María no ofreció una solución; ofreció una actitud. Invitó a la confianza y a la escucha atenta.

Hoy, en lugar de apresurarnos a encontrar soluciones, estamos llamados a preguntarnos: ¿quiénes debemos ser? Debemos ser escuchas atentos de lo que el Espíritu nos dice y tener el valor de avanzar en consecuencia.

¿Cuál fue el momento más feliz de este primer año?

El encuentro del papa León con el Consejo General. No tuvimos la oportunidad de encontrarnos con el papa Francisco durante el Capítulo General debido a su salud, y el papa León fue elegido después de la conclusión del Capítulo. Por eso, cuando nos concedieron una audiencia con él, lo esperaba con gran ilusión.

Nos acogió como un padre, nos trató como a sus hijos y nos alentó profundamente. Ese fue realmente un momento decisivo para mí.

¿Cuál fue el momento más difícil de su primer año?

Mi constante preocupación por los hermanos que se encuentran en situaciones de guerra y conflicto.

Cada semana estoy en contacto con ellos, acompañándolos a nivel humano y espiritual. También invito a otros a acompañarlos en la oración.

Su respuesta es profundamente conmovedora. Se sienten parte de la Congregación. Se sienten acompañados. Y saber que la Congregación está a su lado les ayuda a afrontar con valentía los desafíos externos.

Al inicio de su segundo año como Rector Mayor, ¿qué palabra quisiera confiar a cada salesiano en el mundo?

Dos palabras: Alegría y Esperanza.

Alegría, porque lo que estamos haciendo no es nuestro — estamos respondiendo a la llamada de Dios. Y esperanza, porque esa convicción nos llena de confianza en el futuro.

Es una alegría que se vuelve contagiosa. Viviéndola, damos testimonio de ella. Y al testimoniarla, ofrecemos sentido y esperanza a los jóvenes. De este modo, el mañana ya se está forjando hoy.

PASTORAL

La Iglesia del encuentro¹⁸

Julio L. Martínez, SJ¹⁹

Este artículo se nutre del magisterio del papa Francisco y se estructura a partir del discurso del papa León XIV a los cardenales, día y medio después de su elección, en el cual hace suyas las grandes propuestas de su predecesor, tal como éste las formuló en Evangelii gaudium (2013), siguiendo el impulso del Concilio Vaticano II, a saber: volver al primado de Cristo en el anuncio, acompañando a todo el santo Pueblo de Dios en el encuentro con Cristo resucitado, que en la diversidad une; crecimiento en la colegialidad y en la sinodalidad; atención al sensus fidei, especialmente en sus formas más propias e inclusivas; cuidado amoroso de los débiles y descartados y diálogo valiente y confiado con el mundo contemporáneo.

La intuición de Francisco

La cultura del encuentro es una pieza clave del magisterio del papa Francisco para proponer procesos de construcción de la identidad de personas y pueblos, también del Pueblo de Dios²⁰. Frente a la cultura del descarte y la indiferencia individualista del cada cual a lo suyo, la cultura del encuentro aspira a recuperar el sentido de la existencia humana, dando relieve a unas relaciones personales donde estén presentes la gratuidad y el diálogo, a un sentido de trabajo que dignifica la vida, a unas relaciones sociales que construyen pueblo y a unos valores que permitan pasar del “bien estar” individualista al “buen ser” personal y comunitario. La categoría encuentro implica la realidad personal en una doble vertiente de identidad y relación.

El milagro de la cultura del encuentro se da cada vez que se buscan “puntos de coincidencia en medio de muchas disidencias, en ese empeño artesanal y a veces costoso de tender puentes”²¹. Es bien sabido que el símbolo geométrico con el que se representa la cultura del encuentro es el poliedro, a través del cual se expresa la realidad de una sociedad y una Iglesia donde las diferencias puedan convivir complementándose,

¹⁸ Artículo publicado en la revista ‘Sal Terrae’, núm. 113 (2025), pp. 723-737.

¹⁹ Universidad Pontificia Comillas.

²⁰ Cf. A. A. Mello, “El Papa Francisco y la cultura del encuentro”, *Medellín* 169 (2017) 721-750; J. L. MARTÍNEZ, *La cultura del encuentro. Desafío e interpelación para Europa*, Sal Terrae, Santander 2017.

²¹ FRANCISCO, *Christus vivit* (2019) 169.

enriqueciéndose e iluminándose unas a otras²², y donde nadie es inservible y descartable. El encuentro posibilita la sensibilidad a la vulnerabilidad y a la diversidad, e impulsa la virtud del cuidado que engendra la responsabilidad del reconocimiento en las relaciones interpersonales y en la que de cada uno consigo mismo, pero llega hasta la relación con la naturaleza no humana. La conjunción de estas categorías antropológicas pone delante de una “ecología integral”, que llama al progreso de la tecnología y su uso, pero sobre la base de un humanismo donde está en el centro la persona y su dignidad realizada en las sanas relaciones fundamentales con el prójimo, con la naturaleza no humana y con Dios.

Los riesgos que pueden afectar al verdadero encuentro son múltiples y poderosos; afectan a la sociedad civil y también a la Iglesia. Proviene de la polarización que divide a las sociedades y las comunidades eclesiales, o de la indiferencia ético-religiosa del Estado que debilita la sociedad civil y erosiona las formas comunitarias del vínculo social hacia el bien común. Surgen también de una comunicación virtual que hace creer que una pantalla basta para estar integrados; o de la necesidad de consumir sin límites junto con la acentuación de muchas formas de individualismo sin contenidos; o de una cultura digital en la que todo se puede vigilar y controlar y desde la cual se puede sembrar odio y enfrentamiento, llegando a extremos insospechados.

Si esa intuición sobre el encuentro del papa Francisco ha sido *leitmotiv* de su pontificado, el papa León XIV asume hoy los goznes sobre los que reposa para la vida de la Iglesia, tal como se lo ha querido comunicar a los cardenales en su discurso del 10 de mayo de 2025: primacía del encuentro con Cristo; crecimiento en colegialidad y sinodalidad; atención al *sensus fidei* de todo el Pueblo de Dios; cuidado de los débiles y descartados y diálogo valiente con el mundo. Sobre esos puntos señalados por el papa agustino organizo este artículo basado en el magisterio del papa jesuita.

Encuentro personal con Jesucristo

En los escritos del papa Francisco se percibe su convicción de que en el encuentro personal con Jesucristo nace una persona nueva, portadora de la novedad del Maestro en el mundo. La conversión personal de cada uno y la conversión misionera de la Iglesia acontecen desde el centro cristológico: “la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado” (*Evangelii gaudium*, EG, 2013, 36). El núcleo del kerygma como corazón del Evangelio tiene repercusiones comunitarias y sociales (EG, 177-185) y se expresa en la categoría encuentro, acogiendo así las palabras de la primera encíclica *Deus caritas est* de Benedicto XVI: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte de vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE, 1, citado en EG, 7).

Ese encuentro real y concreto con el Señor lleva indefectiblemente al encuentro con los hermanos. No se da ni en una fe encerrada en el subjetivismo, donde solo interesa una

²² La sentencia agustiniana “In Illo uno unum” (“en aquél que es uno, somos uno”) es el lema del pontificado de León XIV.

determinada experiencia o una serie de conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan; ni en un “neopelagianismo autorreferencial y prometeico” en el que una aparente seguridad doctrinal o disciplinaria da lugar a un elitismo narcisista y autoritario (cf. EG, 94). En ambas formas mundanas no interesa ni Jesucristo ni los demás, aunque se utilice una retórica cristológica y de preocupación social. De ahí no puede brotar un auténtico dinamismo evangelizador, ni surge una Iglesia pueblo que se realiza en la comunión, que incluye a todos y sale al encuentro de todos en las periferias existenciales; una Iglesia que es acogedora y a la vez misionera.

La Iglesia del encuentro es Pueblo de Dios

El título de la Iglesia que hoy resuena con fuerza es el de pueblo de Dios reunido entre todas las naciones de la tierra, lo cual no tiene pocas ni poco importantes implicaciones en nuestro ámbito. Llama a sentirnos cerca del Padre a través del Hijo y en la unidad que da el Espíritu Santo y a reconocer que la Iglesia, formada por gentes de todos los pueblos de la tierra, vive entre las naciones, pero no se confunde con ninguna de ellas; habla todas las lenguas y se incultura en todas las culturas, pero ninguna la puede absorber; no exige a quien quiera incorporarse a ella que deje de pertenecer a su nación. Es “sacramento de la unión íntima del hombre con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen gentium*, LG, 1).

El movimiento dinámico de encontrarse consolida comunidades reconciliadas, serviciales y solidarias, en una “mística de acercarnos y de vivir juntos” (EG, 87, 272). Es decir, comunidades que, en el alma de los pueblos, son capaces de superar la cultura de la indiferencia y del egoísmo, y que se vuelven fuentes de vinculación social en un mundo donde las relaciones virtuales y digitales parecen dominar casi todo. Son comunidades deseosas de brindar misericordia al encuentro de los lejanos y excluidos; comunidades que se involucran con obras y gestos en la vida cotidiana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo; comunidades que acompañan con humildad y paciencia todos los procesos, por más duros y prolongados que sean, sin maltratar los límites; comunidades que fructifican siempre en vida nueva y, aunque sus frutos sean humildes e imperfectos, festejan cada pequeño paso adelante, como expresión del crecimiento de las personas. La perspectiva del encuentro abre a un horizonte amplio en el cual “el tiempo es superior al espacio” y convoca a activar procesos de cambio, mejora y crecimiento, más que a controlar espacios. El encuentro da cauce a la acción del Espíritu Santo, principal agente de la evangelización y alma de la vida pastoral, e impulsa la comunión, la integración y la participación dentro la Iglesia.

La comunidad de comunidades que es la Iglesia, Pueblo de Dios, “usa la medicina de la misericordia” haciéndose “hospital de campaña” para todos. Con metáforas así, Francisco llama a todas las comunidades y obras eclesiales a acoger a todos con los brazos abiertos para curar sus heridas con la misericordia de Dios y los mejores medios técnicos y profesionales; a salir a las periferias –físicas y existenciales– y a compadecerse de los últimos de la sociedad, llevándolos en sus hombros y haciéndoles experimentar el bálsamo de la misericordia, como muestran dos grandes parábolas evangélicas.

Por un lado, la parábola del Padre misericordioso que expresa cómo la Iglesia está llamada a ser siempre “la casa abierta del Padre [...] no una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida auestas” (EG, 47); una casa de puertas abiertas en la cual todas las personas sin exclusiones puedan “sentirse acogidas, amadas, perdonadas y alentadas a vivir según la vida buena del Evangelio” (EG, 114). Por otro, la del Buen Samaritano que se convierte en reflexión bíblica central en la encíclica *Fratelli tutti* (FT, 2020, 56-86) y que en EG permite expresar las actitudes que la Iglesia ha de tener para ser signo de misericordia: “La Iglesia “en salida” es una Iglesia con las puertas abiertas para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar y cuidar al que se quedó al costado del camino” (EG, 46, 169). La Iglesia ve a sus hijos con amor, se conmueve al conocer sus historias, se aproxima a ellos no para juzgarlos sino para acompañarlos, con paciencia (EG, 24) y sostenerlos con los sacramentos. Especialmente, con la eucaristía, “un generoso remedio y un alimento para los débiles” (EG, 47).

Cauces de encuentro en la Iglesia comunión: primado, colegialidad y sinodalidad

Reza un principio muy estimado en la Iglesia del primer milenio que «lo que a todos afecta debe ser tratado por todos», culminando en la escucha del obispo de Roma como «pastor y doctor de todos los cristianos»²³. Es la gran cuestión de la corresponsabilidad de todos manteniendo el principio jerárquico al servicio de la comunión de todo el pueblo. Porque la autoridad ligada a la gracia de la ordenación episcopal es un don del Espíritu para servicio (*diakonía*) de la comunidad, ejercido dentro de ella y que incluye, consiguientemente, la participación de toda la comunidad y no solo de una parte cualificada de ella.

Viene bien recordar con von Balthasar que jerarquía es el «orden tanto en el interior de cada persona como de la comunidad, orden de Dios divinamente establecido, que a Dios conduce y substancialmente consiste en bienes y gracias»²⁴. Ese «orden» no es subordinación gradual descendente ni encaja con posicionamientos pueriles respecto a la autoridad ni mistificaciones individualistas o localistas. Si miramos a la expresión conciliar «comunión jerárquica» (LG 21 y 22) encontramos que no indica «una pura relación de subordinación, sino una interrelación entre sujetos sacramentalmente iguales (obispos) que ejercen un ministerio diversificado (local primacial, el obispo de Roma; solo local, el resto de los obispos)»²⁵. Con la apostilla del profesor Madrigal: «Dentro del colegio, la del papa no es una voz entre tantas, sino aquella en torno a la que se concita la unidad polifónica del episcopado indiviso»²⁶.

²³ FRANCISCO, discurso del 50.º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos, 17/10/2015.

²⁴ H. U. von BALTHASAR, «Dionisio», en íd., *Gloria* 2, Encuentro, Madrid 1986, 143-205, p. 198.

²⁵ S. PIE-NINOT, *Eclesiología: La sacramentalidad de la comunidad cristiana*, Sígueme, Salamanca 2007, 480.

²⁶ S. MADRIGAL, *La Iglesia, «signo alzado entre las naciones»: Fundamentos de ecclesiología*, Universidad Pontificia Comillas, Sígueme, Salamanca 2024, 243.

Los modos de caminar juntos en la Iglesia no vendrán por refinar las técnicas organizativas o los funcionamientos democráticos, porque la Iglesia es primado, colegialidad y sinodalidad: tres dimensiones interrelacionadas. Ahora bien, para buscar y hallar la voluntad de Dios, la Iglesia no puede dejar de implementar modos de proceder que ayuden a participar, deliberar y discernir mejor la voz de Dios en los signos de los tiempos a todos los niveles de vida eclesial.

En la eclesiología de comunión impulsada por el papa Bergoglio a la luz del Concilio Vaticano II todo se condiciona mutuamente y se ensambla conforme a una lógica que progresivamente tendrá que ir desplegando sus efectos²⁷: del ejercicio colegial de la autoridad papal al perfil episcopal en las diócesis o de los presbíteros en sus comunidades parroquiales; la revalorización del sacerdocio común de los bautizados interpelará al desempeño del sacerdocio ministerial; y la renovación del diaconado y la pluralización de las competencias ministeriales conferidas a los laicos abrirán nuevos caminos de expresión de la libertad y la autoridad. Estas y otras transformaciones adentran a la Iglesia en un estilo más sinodal, más participativo y corresponsable. Así lo pidió Francisco a los obispos: «En el diálogo sereno, el obispo no tiene miedo de compartir, e incluso a veces de modificar, su discernimiento con los demás: con los hermanos en el episcopado a los que está unidos sacramentalmente, y entonces el discernimiento se vuelve colegial; con sus propios sacerdotes, de los que es garante de esa unidad que no se impone por la fuerza, sino que se teje con la paciencia y la sabiduría de un artesano; con los fieles laicos, para que conserven el “olfato” de la verdadera infalibilidad de la fe que reside en la Iglesia: saben que Dios no falla en su amor, y no desmiente sus promesas»²⁸.

La nueva conciencia está en que nadie tiene el monopolio de la verdad: ella se eleva sobre todos los que formamos el Pueblo y, sin embargo, necesita de todos. Como escribió Schillebeeckx: «No experimentamos la verdad en la canción de un solista, sino en una coral polifónica»²⁹. Llevado a la relación de los pastores con los fieles, significa que: «La dimensión pneumatológica del *sensus fidei* hace que el ministerio episcopal no se cualifique por medio del ejercicio de la *determinatio fidei* sino por la *testificatio fidei*, porque es el Espíritu quien se manifiesta a través de todos los fieles –*universitas fidelium*– y el obispo es testigo y parte»³⁰. Así resplandece la dimensión pneumatológica de la Tradición, pues es la persona divina del Espíritu quien vivifica y garantiza la continuidad y la presencia de Cristo en la vida de la Iglesia, siendo la Tradición «la vida neumática de toda la Iglesia en todos sus miembros [...] la experiencia de lo ocurrido una vez, más no pasado, en el momento actual siempre renovado por obra del Espíritu Santo»³¹.

Lo nuclear de esa concepción del ministerio episcopal estriba en que el obispo, fundamento visible de unidad de la Iglesia particular, no puede vivir su servicio sino

²⁷ Cf. S. MADRIGAL, «La conversión pastoral del papado en una Iglesia sinodal», *Medellín* 168 (2017) 313-331, p. 330.

²⁸ FRANCISCO, *El discernimiento*, Romana, Madrid 2023, 99.

²⁹ E. SCHILLEBEECKX, *Dios, futuro del hombre*, Sígueme, Salamanca 1970, 74.

³⁰ R. LUCIANI, «La teología y la práctica del *sensus fidei*», *Revista CLAR* 60, 4 (2022) 6-14, p. 9.

³¹ R. CAMPING, «Tradición», en P. EICHER (dir.), *Diccionario de conceptos teológicos*, Herder, Barcelona 1989, 620.

desde dentro de la porción del Pueblo de Dios que le ha sido confiada, y ello implica vivirlo en medio del pueblo y con él: «No se trata de sustituirla en un arte sinfónico, en una composición que nos acomuna a todos al servicio de la misericordia de Dios, según los diferentes ministerios y carismas que el obispo tiene la tarea de reconocer y promover [...] Como nadie se salva solo, el anuncio de la salvación tiene necesidad de todos y de que todos sean escuchados»³².

El *sensus fidei fidelium* ayuda a discernir en la experiencia lo que viene de Dios

El camino fue trazado en el n. 119 de la programática exhortación apostólica EG bajo el impulso de LG 12: «En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar (...) Como parte de su misterio de amor hacia la humanidad, Dios dota a la totalidad de los fieles de un *instinto de la fe* –el *sensus fidei*– que los ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta connaturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que les permite captarlas intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión».

La afirmación teológica fundamental que está aquí actuando es que no solo han recibido el Espíritu Santo el papa y los obispos, sino que por el bautismo lo reciben todos los fieles, y por eso todos son necesarios para desarrollar en el Espíritu nuevas «inteligencias» de la Revelación. De esa igualdad de todos los fieles que viene de la dignidad conferida por el bautismo brota para todos ellos «el derecho y a veces incluso el deber de manifestar a los pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia»³³. La dignidad bautismal llama a la participación a todo el Pueblo de Dios en la edificación del Cuerpo de Cristo; es lo que la sinodalidad hace operativo.

El *sensus fidei* significa la conciencia individual iluminada por la fe y, por tanto, por Dios mismo, y también la conciencia compartida de la fe de los fieles. El consentimiento de los fieles es la conformidad de los creyentes que proviene del sentido de la fe con respecto a determinados contenidos de ella, así como la correspondiente expresión de esa conformidad³⁴. En el espíritu del Nuevo Testamento y de la Iglesia primitiva, el Vaticano II superó la distinción que hizo el Vaticano I entre una infalibilidad magisterial activa, reservada a los papas, y una pasiva, que corresponde a la Iglesia universal, la cual solo tenía la posibilidad de recibir obedientemente las enseñanzas del magisterio y no equivocarse al hacerlo. Frente a esta comprensión, LG 12 declara que «la totalidad de los fieles tienen la unción del Santo» (cf. 1 Jn 2,20.27) y concede prioridad fundante a la *infallibilitas in credendo* de la Iglesia, «mediante el sentido de la fe de todo el pueblo,

³² FRANCISCO, discurso inaugural de la segunda sesión del Sínodo de la Sinodalidad, 2/10/2024.

³³ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *El «sensus fidei» en la vida de la Iglesia*, BAC, Madrid 2014, 120.

³⁴ H. VORGRIMLER, «Del “sensus fidei” al “consensus fidelium”», *Concilium* 200 (1985) 9-19, p. 9.

cuando desde los obispos hasta los últimos fieles laicos manifiesta su acuerdo universal»³⁵.

Newman se preguntaba hace siglo y medio cómo podía la Iglesia llevar adelante su pretensión de ser realmente católica, abierta a todos los hombres y todos los problemas, sin la ayuda de un laicado que, permaneciendo firme en su fe y en el conocimiento de sus principios religiosos, pudiese aportar la necesaria preparación científica, el juicio práctico, la capacidad de discernimiento y la habilidad política en aquellas áreas del conocimiento y del pensamiento relacionadas con sus preocupaciones. Buscaba conjugar la idea de globalidad, unidad orgánica y cooperación con la idea de polaridad, tensión y conflicto, porque las veía como condiciones para el crecimiento de la vida, imposible sin tensión interna y con el ambiente circundante. Y eso porque creía firmemente que «cada una de las partes específicas de la Iglesia tiene una función específica y, por consiguiente, no se puede menospreciar a ninguna de ellas», subrayando a continuación «la *fidelium et pastorum conspiratio*»³⁶. Su conclusión sobre Nicea no deja lugar a dudas sobre el valor fundamental del *consensus fidelium* en los núcleos de la fe cristiana: «El dogma de Nicea se mantuvo durante la mayor parte del siglo IV gracias no a la firmeza inflexible de la Santa Sede, los concilios o los obispos, sino al *consensus fidelium*»³⁷. Evidentemente, el santo teólogo inglés sabía que no todas las partes y funciones tienen la misma importancia ni influencia a la hora de determinar el pensamiento dentro de la Iglesia, pero esto nunca debería llevar a minusvalorar al pueblo fiel, pues, si la conciencia moral personal es el primer vicario de Cristo para cada uno, el *sensus fidelium* es como «la conciencia» de la Iglesia.

Es la comunión eclesial la que justifica y legitima la verdadera obediencia en la Iglesia (LG, 25), la cual no es un asentimiento de sumisión a la autoridad por ser tal, sino el que brota de la adhesión de la pertenencia que da sentir la Iglesia como Esposa de Cristo y Madre, en la cual se da el encuentro vivo con el Señor en el Espíritu.

Magisterio kerygmático para la comunión de Iglesia del encuentro

Se confirma así el estilo de un magisterio pastoral o kerygmático que ha ejercido el papa Francisco, un estilo inaugurado por el Vaticano II y ampliamente acogido y difundido en el continente iberoamericano. Ese modo de ejercer el magisterio elige, por ejemplo, delimitar sus intervenciones en materia moral a fin de mantener la *claridad* en el anuncio de la Iglesia, exponiendo los valores fundamentales y orientando hacia la acción; activando procesos pastorales de discernimiento personal y comunitario, a distintos niveles de la comunidad eclesial, desde las micro-comunidades a la macro-comunidad universal.

³⁵ Este punto ha sido considerado como «la novedad más innovativa del Concilio Vaticano II sobre el magisterio»: S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología*, 495.

³⁶ J. H. Newman, «On Consulting the Faithful in Matters of Doctrine», *The Rambler* (julio 1959) 198-230, p. 228.

³⁷ Newman, «On Consulting...», 214.

Ese modo de magisterio reposa sobre tres fundamentos teológicos pastorales espigados por el cardenal McElroy, arzobispo de Washington³⁸: el primero es el reconocimiento de que la Iglesia debe reflejar la acción pastoral del mismo Señor; es el mismo Cristo que caminó sobre la tierra el modelo que debemos incorporar en cada elemento de la vida eclesial: comienza abrazando a la persona con el amor misericordioso e ilimitado, luego sana el sufrimiento, y a partir de ahí la llama a reformar la vida. El segundo es que la iglesia debe comprometerse a un verdadero “arte del acompañamiento” formando a sacerdotes, religiosos y laicos para que aprendan a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada que es la persona con la que se encuentran. El tercero estriba en que la identidad, la enseñanza y la acción de la Iglesia debe estar enraizada en las situaciones de vida que hombres y mujeres experimentan en el mundo de hoy, con las circunstancias enormemente complejas que no infrecuentemente impiden o dificultan vivir la enseñanza moral de la Iglesia en su plenitud.

Una Iglesia que viva su misión de salvación y curación del mundo ha de acometer una “salida” valiente para buscar a las personas en sus concretas situaciones y periferias existenciales, con una continua “conversión pastoral de las estructuras eclesiales” – complementaria de la imprescindible conversión personal–para que se vuelvan más misioneras, más expansivas y abiertas, favoreciendo que el Evangelio pueda llegar a todos (EG, 2530). En tal sentido, esa teología rechaza una noción de la ley que pueda ser ciega ante la singularidad de situaciones humanas atravesadas por la limitación, siendo el mismo magisterio el que reta a formar y a no suplantar la conciencia de los fieles. Tanto el discernimiento personal como el comunitario, si son auténticamente cristianos, disponen a elegir eclesialmente –dentro de la Iglesia–no a elecciones individualistas.

Los pobres en el centro de la Iglesia del encuentro

Las encrucijadas en que vive hoy la Iglesia son una excelente oportunidad para reflexionar sobre cuál es el nivel de participación de los que están en la periferia y normalmente carecen de voz en los espacios de reflexión, decisión y celebración, pues el camino sinodal es también una invitación a reconocer la fuerza salvífica de la vida de los pobres: «Cuando san Pablo se acercó a los Apóstoles de Jerusalén para discernir “si corría o había corrido en vano” (Gal 2,2), el criterio clave de autenticidad que le indicaron fue que no se olvidara de los pobres (cf. Gal 2,10). Este gran criterio [...] tiene una gran actualidad en el contexto presente [...]. La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha»³⁹ (EG 195).

³⁸ Cf. CARD. McELROY, “Una Iglesia de inclusión y pertenencia compartida” y “¿A quién privar? Exclusión y Eucaristía”. *Vida Nueva* 3311 (2023) 14-22 (originalmente en *America* 24-1-2023 y 2-3-2023).

³⁹ «[De los pobres] nunca se dirá que no son humanos, pero, en la práctica, con las decisiones y el modo de tratarlos, se expresa que se los considera menos valiosos, menos importantes, menos humanos» (FT, 39).

Como explicó el papa Benedicto XVI en su discurso inaugural en Aparecida, la opción por los pobres «está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza»⁴⁰. También el documento programático del pontificado de Francisco presenta la opción por los pobres como una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga «su primera misericordia». Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo» (Flp 2,5). En esa llamada hay un doble movimiento: por un lado, el cristiano anhela ser misericordioso y compasivo con los pobres. Por otro, esa salida enriquece, porque a Cristo se le busca y encuentra, de un modo privilegiado, entre los pobres, que evangelizan: «Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (EG, 198).

Poco tiene que ver ese enfoque con domesticar a los pobres para manejarlos o convertirlos en clientes controlables⁴¹, como pretenden distintas versiones del populismo. En lo social se trata de favorecer diversos cauces de expresión y de participación social para ser «pueblo», a fin de que cada ser humano pueda ser artífice de su destino. En lo eclesial, un estilo de vida que dé espacio a lo comunitario: ubicándose en el «pueblo fiel»⁴² y participando de sus valores de solidaridad, sacrificio y entrega, acontece la experiencia de ver el mundo desde las «periferias existenciales». Cuando se opta por lo que (aparentemente) es marginal, la perspectiva cambia y no es, ciertamente, la misma perspectiva que desde el centro.

La Iglesia del encuentro es “*sacramentum mundi*”

El papa plantea la sinodalidad como luz tanto para vivir la comunión eclesial (ad intra) como para iluminar la sociedad actual (ad extra). En ambas direcciones hay que sembrar la sinodalidad, que no es sino la escucha y el diálogo para la convivencia, el acuerdo y la comunión. Ahí viene la elección de Francisco del versículo de Isaías 11, 12 –«estandarte alzado entre las naciones»– para describir qué es una Iglesia sinodal: “en un mundo que –aun invocando participación, solidaridad y transparencia en la administración de lo público– a menudo entrega el destino de poblaciones enteras en manos codiciosas de pequeños grupos de poder. Como Iglesia que «camina junto» a los hombres, partícipe de las dificultades de la historia, cultivamos el sueño de que el redescubrimiento de la dignidad inviolable de los pueblos y de la función de servicio de la autoridad podrán ayudar a la sociedad civil a edificarse en la justicia y la fraternidad,

⁴⁰ Benedicto XVI, discurso en la sesión inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, 13/5/2007, 3.

⁴¹ FT llama a superar «esa idea de las políticas sociales concebidas como una política *hacia* los pobres, pero nunca *con* los pobres, nunca *de* los pobres...» (FT, 169). Inclusión y participación activa son dos claves para hacer políticas sociales con y de los pobres.

⁴² El pueblo fiel es «misterio que hunde sus raíces en la Trinidad, pero que tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador, que trasciende toda necesaria expresión institucional» (EG, 111).

fomentando un mundo más bello y más digno para las generaciones que vendrán después de nosotros”⁴³.

Esa es la “sinodalidad misionera” vinculada a la ecología integral (G. Costa), que se expresa como diaconía social: “en la promoción de una vida social, económica y política de todos los pueblos bajo el signo de la justicia, la solidaridad y la paz”⁴⁴, siempre desde la búsqueda de un sentido integral del desarrollo humano de toda la persona y de todos los pueblos.

El servicio de la reconciliación por parte de la Iglesia es especialmente valioso en la restauración de la comunicación social en sociedades tan divididas y polarizadas como las que hoy tenemos. Esa misión comunicativa y reconciliadora es importantísima, porque nuestro mundo tiene una necesidad desesperada de una Iglesia que no participe en la vida pública como una facción más que busca ventajas o intereses particulares, sino como cauce de encuentro y de diálogo hacia el bien común. Precisamente, eso es lo que se corresponde con el ser mismo de la Iglesia, que no existe para sí misma, sino que está al servicio de la alegre noticia del Evangelio de Cristo sobre la venida del Reino de Dios. Por eso el diálogo de la Iglesia es una *diakonía* o *ministerium* – sacramento de su modo dialógico de existencia– y no solo un método de relación y colaboración con el mundo. Todos los servicios de su ministerio deben estar bajo el signo del diálogo, que, a su vez, está al servicio del bien de todos⁴⁵. Es un gran horizonte que reclama de la Iglesia vocación de donación y servicio, así como continua conversión personal y estructural.

En fin, la Iglesia del encuentro hace resonar con fuerza aquellas palabras de san Pablo VI en la apertura de la II sesión del Concilio: «“Porque no ha enviado Dios al mundo a su Hijo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por Él” (Jn 3,17). Que lo sepa el mundo: la Iglesia lo mira con profunda comprensión, con sincera admiración y con sincero propósito no de conquistarlo, sino de servirlo; no de despreciarlo, sino de valorizarlo; no de condenarlo, sino de confortarlo, de salvarlo».

⁴³ FRANCISCO, discurso del 50.º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos, 17/10/2015.

⁴⁴ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia* (2018) 119.

⁴⁵ Vid. J. L. MARTÍNEZ, *El diálogo en las entrañas de la moral*, Sal Terrae, Santander 2025.



La prudencia

¿Una virtud que ha desaparecido?⁴⁶

Giovanni Cucci

Un patrimonio olvidado

En el imaginario actual, la prudencia está asociada sobre todo a un proceder lento y pormenorizado (como en la conducción automovilística) o a una indecisión de fondo para evitar riesgos o, peor todavía, a una forma de pusilanimidad o cobardía que impide tomar una posición⁴⁷. Valoraciones, estas, que en gran parte heredamos del pensamiento moderno.

Para los antiguos, en cambio, la prudencia era considerada la virtud más bella que el hombre tenía a disposición, guía de todas las demás (*auriga virtutum*), porque permite reconocer el objetivo fundamental de la vida en una situación concreta, y, sobre todo, porque identifica los medios adecuados para poder alcanzarlo. Los griegos la designaban con la palabra *phronēsis* (sabiduría), un término que originalmente hacía referencia al diafragma (*frēn*), sede de la respiración, de la sensibilidad y de la actividad cognitiva del alma, la dimensión más íntima del hombre⁴⁸. El sabio mantiene la razón en buena salud y por eso puede gobernarse a sí mismo. Para Aristóteles, la tarea de la sabiduría consiste en educar la sensibilidad, la energía indispensable para realizar el bien (*Topica*, V, 8; 138 b 2-5): es la tarea esencial de la razón práctica (*Ética Nicomaquea*, VI, 5). Por esto, la sabiduría es el eje de la vida moral, porque la meta de esta disciplina no es, agrega Aristóteles, conocer el bien, sino ser buenos. Cicerón traduce *phronēsis* por *prudentia*, definiéndola: «la ciencia de las cosas que se deben buscar o rehuir» (*De officiis*, I, 153).

Como se puede observar incluso a partir de esta simple exploración, no solo la sabiduría-prudencia, sino también la misma filosofía moral se presentan con características bien diversas a las de la aproximación intelectualista propia de la época moderna, a la búsqueda de reglas y definiciones precisas, vaciando de esta forma la razón práctica de

⁴⁶ Serie publicada en *La Civiltà Cattolica*, julio de 2021.

⁴⁷ Lapidario, como siempre, escribe Nietzsche: «Así he encontrado a más de una persona inteligente [prudente]: se cubría el rostro con velos y enturbiaba su agua para que nadie pudiera verla por dentro» (F. Nietzsche: «En el monte de los olivos», en *Así habló Zaratustra*, Buenos Aires, Educar, 107.)

⁴⁸ Cfr Homero, *Ilíada*, VI, 447; Platón, *Timeo*, 70a; *Filebo*, 26e; F. Sarri, *Socrate e la nascita del concetto occidentale di anima*, Milano, Vita e Pensiero, 1997, 62 s.

la dimensión afectiva. Al respecto, la posición de Kant es emblemática: razón y emoción son enemigos declarados; por ello la elección del bien debe prescindir de cualquier aspecto pasional y realizarse exclusivamente sobre la base de la razón pura. Kant enuncia con claridad las causas de este contraste: «Estar sujetos a emociones y pasiones es siempre una enfermedad del alma, porque ambas excluyen el dominio de la razón»⁴⁹. Se trata de una posición antitética respecto de la de Santo Tomás: «El modo de la virtud, que consiste en la perfecta voluntad, no puede estar despojada de la pasión, no porque la voluntad dependa de la pasión, sino porque a una voluntad perfecta en una naturaleza pasiva necesariamente la sigue la pasión» (*De Veritate*, q. 26, a. 7, ad 2; cfr a. 1).

Tomás, al comienzo de la segunda parte de la *Suma Teológica*, observa que: «En materia moral, efectivamente, las consideraciones generales resultan menos útiles, ya que las acciones se desarrollan en el plano de lo particular» (*Sum. Theol.* II-II, prol.). Para vivir bien debemos saber cómo comportarnos concretamente, y, sobre todo, estar suficientemente motivados para hacerlo. Es por esto que sin la prudencia no se puede hablar de moral.

¿Qué es la prudencia?

Tomás toma la etimología del término de Isidoro de Sevilla: prudencia como *porro videns*, capacidad de mirar adelante, de mirar lejos, de prever y proveer, de ver el posible punto de llegada de un pensamiento o de una elección mediante comparaciones (*collatio*) con lo sucedido en el pasado (cfr *Sum. Theol.* II-II, q. 47, a. 1). Este significado prospectivo se confirma en el hecho de que la palabra latina *prudens* es la forma contraída de *providens* (providencia): el prudente es providente, es el que ve antes, mira más allá de la situación puntual.

La tarea específica de la prudencia es, ante todo, la de prefigurar el recorrido adecuado para alcanzar el fin. No establece el fin último, el bien a realizar, que no es objeto de deliberación (cfr *Sum. Theol.* I-II, q. 57, a. 5), sino que predispone los *medios*.

De ahí la importancia fundamental de la prudencia en el proceso de discernimiento para tomar las decisiones correctas en la propia vida⁵⁰. Su vínculo con la providencia muestra, además, su dimensión religiosa, de participación en la sabiduría divina, que da luz y fuerza para realizar el bien. Tomás precisa que en esta difícil tarea podemos recurrir a un precioso don del Espíritu Santo, el consejo, que otorga luz al intelecto y fuerza a la voluntad: «La prudencia, que implica rectitud de la razón, es perfeccionada y ayudada al máximo por el Espíritu Santo, y esto es propio del don del consejo. En consecuencia,

⁴⁹ I. Kant, *Antropología pragmática*, Roma – Bari, Laterza, 1993, s 73, 141. Por esto la prudencia, en cuanto mero conjunto de preceptos técnico-prácticos, es excluida de la filosofía moral (Id., *Crítica del juicio*, ibid, 1979, s 1, 10 s).

⁵⁰ «Conformarse con la recta razón es el fin propio de cualquier virtud moral [...]. Ahora bien, incumbe a la prudencia determinar de qué manera y con qué medios debe el hombre alcanzar con sus actos el medio racional. En efecto, aunque el fin de la virtud moral es alcanzar el justo medio, éste solamente se logra mediante la recta disposición de los medios» (*Sum. Theol.* II-II, q. 47, a. 7).

el don del consejo corresponde a la prudencia, ayudándola y perfeccionándola» (*Sum. Theol.* II-II, q. 52, a. 2).

Esta docilidad libera de la angustia de creer que todo descansa en nuestras propias fuerzas. Curiosamente, Tomás observa que este complemento necesario para la deliberación había sido reconocido con claridad ya por Aristóteles: «Y también dice el Filósofo [*Ética Eudemia* 7, 14] que aquellos que son movidos por instinto divino no les conviene aconsejarse por la razón humana, sino que sigan el instinto interior, porque son movidos por un principio mejor que la razón humana» (*Sum. Theol.* I-II, q. 68, a. 1).

La racionalidad de la prudencia: la «vis cogitativa»

La importancia de la prudencia para la ética proviene del hecho de que expresa una racionalidad completamente especial, síntesis entre la dimensión sensible y la intelectual, que Tomás llama *vis cogitativa*. Al presentarla, compara el conocimiento humano con el aprendizaje animal. Todo cachorro, por ejemplo, posee desde su nacimiento una serie de informaciones indispensables para vivir, como estirar su boca para alcanzar la ubre de la madre; o, para el caso de la oveja, alejarse cuando ve un lobo, aunque sea la primera vez que ve uno. Esta capacidad, fundamento de lo que hoy llamamos «instinto», Tomás la designa con el nombre de *vis aestimativa*. Tiene la función de dar una evaluación inmediata de la situación particular, a la que sigue una respuesta en términos de atracción (como la búsqueda del alimento) o de fuga (como la oveja frente al lobo; cfr *Sum. Theol.* I, q. 78, a. 4).

Retomando el análisis de Aristóteles, Tomás afirma que el hombre no solo tiene la capacidad de conocer las situaciones particulares, sino también de modificarlas, de reelaborar en un nivel diferente lo que aprendió a partir de sus sentidos, gracias a la facultad llamada «imaginación»⁵¹. En el hombre, a diferencia del animal, la sensibilidad está bajo el dominio de la razón y de la voluntad, gracias a la *vis cogitativa*: «Lo que en los otros animales es llamada facultad estimativa natural, en el hombre es llamada *cogitativa*, porque descubre dichas intenciones por comparación. Por eso, es llamada también *razón particular*, a la que los médicos le asignan un determinado órgano que es la parte media de la cabeza, y, así, compara las intenciones particulares como la facultad intelectual compara las universales» (*Sum. Theol.* I, q. 78, a. 4).

Frente a una situación determinada, el hombre puede reaccionar de diversas maneras: puede, por ejemplo, decidir no comer por seguir un ideal más grande, o afrontar un peligro mortal para mantenerse fiel a un valor. Esta plasticidad es la base del progreso en el conocimiento y permite modificar el comportamiento al incorporar las lecciones de la experiencia. Los instintos, por el contrario, son extremadamente precisos y regulados: cuando un pájaro construye un nido, realiza una serie de operaciones muy elegantes, y no parece evaluar diversas posibilidades para luego escoger una; se observa una suerte

⁵¹ Cfr Aristóteles, *De Anima*, III, 433 b 29-39; L. Mazzone, *La natura e la dinamica conoscitiva della ragione particolare. La «vis cogitativa» nell'antropologia di san Tommaso d'Aquino*, Benevento, Ed. Passione Educativa, 2017.

de predisposición que orienta la evaluación. Es por esto que los instintos no se aprenden: un perro no aprenderá nunca a construir un nido para pájaros.

Una antropología integrada

A diferencia de los animales, el hombre retoma y reelabora las impresiones sensibles hasta el punto de construir con la imaginación objetos que no existen (como el centauro, el hipogrifo o una montaña de oro). La *vis cogitativa* cumple la importante función de bisagra entre sensibilidad e intelecto, moviendo a la voluntad a actuar. Es la prueba de la profunda unidad del conocer humano, un conocimiento que nace de lo particular y termina en lo universal, en el valor capaz de encarnarlo. El conocimiento humano es como un edificio que tiene cimientos y pisos diferentes pero unidos entre sí. Los sentidos constituyen el punto de partida, el material que la inteligencia desmaterializa (eso que los medievales llamaban *fantasma*) y elabora el concepto universal. A su vez, la *vis cogitativa* influye en la sensibilidad, dando lugar a lo que Tomás llama «pasiones del alma»⁵².

Las pasiones surgen de la sensibilidad, pero son también un movimiento del alma: son el fruto de una valoración que involucra al cuerpo (cfr *Sum. Theol.* I-II, q. 23, a. 2). La ira es un ejemplo: uno puede decidir enojarse, adoptando una postura ante injusticias evidentes. Tal es, por ejemplo, la ira de Jesús: cuando ve a los mercaderes en el Templo (cfr *Jn* 2,14-18) sale, prepara cuidadosamente una cuerda, y luego da rienda suelta a su ira. Es como si dijera: «He visto esta ofensa y me enojaré dentro de dos horas, cuando todo esté listo». Es una ira deliberadamente suscitada por la voluntad a partir del conocimiento de algo.

Por otra parte, la razón está llamada a escuchar la sensibilidad, para ordenarla, convirtiéndola en un valioso aliado al servicio del bien. Al respecto, santo Tomás retoma una observación de Aristóteles: «Por eso dice el Filósofo, en el I *Polit.*, que la razón prescribe al irascible y al concupiscible, no *con autoridad despótica*, que es propia del señor para con el esclavo, sino *con autoridad política y real*, que es la que se ejerce con hombres libres, no sometidos totalmente al imperio» (*Sum. Theol.* I-II, q. 17, a. 7).

La *vis cogitativa* puede hacerlo porque, a diferencia de la razón especulativa, concierne a lo particular, al objeto de la sensibilidad, y puede por lo tanto mover a la acción. Esta es la causa de su eficacia, porque gracias a ella conocemos el bien no solo como algo verdadero (como sucede con el conocimiento especulativo), sino como deseable, como bueno, como eso que mueve los afectos y facilita su consecución.

La *vis cogitativa* presenta, al mismo tiempo, una visión de la ética concreta y objetiva. Su modo de proceder integra estrechamente sensibilidad, intelecto y voluntad, de manera que se pueda alcanzar el bien deseado de forma ordenada, promoviendo a la persona en

⁵² «En un segundo modo, (se produce esa continuidad) en tanto que el movimiento que va del alma a las cosas comienza en la mente, y procede hacia la parte sensitiva en cuanto que la mente rige las facultades inferiores, y de esa manera alcanza los singulares mediante una razón particular, que es una cierta potencia de la parte sensitiva, que compone y divide las intenciones individuales, que con otro nombre se llama *cogitativa*» (*De Veritate*, q. 10, a. 5).

su integridad. En ausencia de pasiones se caería en el vicio de la insensibilidad (cfr *Sum. Theol.* II-II, q. 142, a. 1), que nos vuelve inhumanos, incapaces de piedad, ternura y misericordia.

Como sabemos, el aporte que estas diferentes facultades – sensibilidad, intelecto y voluntad – realizan en el ámbito de la toma de decisiones es una de las cuestiones más complejas e intrigantes del proceder humano.

También es interesante observar cómo esta noción, caída en desuso en filosofía, fue retomada por las ciencias humanas, en particular, por la psicología clínica – desde la *Gestalt* hasta la neurocirugía –, no en su materialidad, sino en su significado esencial: estas disciplinas revelan, en efecto, la contribución cognitiva de las emociones y su influencia en el razonamiento y sus procesos decisionales, a partir de lo que Aristóteles llamaba «sentido común», la facultad unificadora de la sensibilidad⁵³.

«Vis cogitativa» y prudencia

La *vis cogitativa* no es idéntica a la prudencia, pero es la facultad que la vuelve posible; su ejercicio repetido la convierte en una virtud, un *habitus*, literalmente una cosa que se posee, que pertenece al hombre prudente de manera estable, algo así como una segunda naturaleza. Tomás nos da una buena definición de la virtud: «virtud es lo que hace bueno al sujeto que la posee y a sus actos» (*Sum. Theol.* II-II, q. 47, a. 4). Conocer la situación concreta es un paso previo indispensable, pero no es lo mismo que ser prudentes, es decir, capaces de hacer el bien (cfr *De Virtutibus in communi*, a. 6, ad 1).

La prudencia presupone, en primer lugar, la rectitud del deseo (*rectitudo appetitus*), porque es en esta sede que se juega la evaluación operativa. Su característica peculiar consiste en ser, a la vez, virtud intelectual y moral: es recta razón concretamente en acción, que Tomás califica con la célebre definición de *recta ratio agibilium* (*Sum. Theol.* II-II, q. 47 a.2 s.c; I-II, q. 58, a. 3). Juzga la bondad de una cosa bajo el aspecto del bien, es decir, de cosa deseable hacia el cual se mueve para conseguirla: «Sin la prudencia, la vida moral puede parecer una orientación irracional hacia fines determinados, sin la guía activa y comprometida de la razón en el orden de la ejecución»⁵⁴.

El procedimiento prudencial

La razón práctica procede en tres etapas. Primero investiga, recoge información, luego juzga lo que debe hacer, a partir de los principios primarios del bien y del mal, mediante

⁵³ Cfr Th. V. Moore, *Cognitive Psychology*, Chicago, J. B. Lippincott & Co, 1939; R. Allers, «La *vis cogitativa* e la valutazione», en *The News Scholasticism* 15 (1941) 195-221; Id., «The Cognitive Aspect of Emotions», en *The Thomist: A Speculative Quarterly Review* 4 (1942/4) 589-648; A. Damasio, *L'errore di Cartesio*, Milano, Adelphi, 1995; M. Nussbaum, *L'intelligenza delle emozioni*, Bologna, il Mulino, 2008.

⁵⁴ T. Centi, «La prudenza», en Tommaso d'Aquino, s., *La Somma Teologica*, Firenze, Salani, 1966, vol. XVI, 211. Cfr *Sum. Theol.* II-II, q. 47, a. 5.

la facultad que Tomás llama *sindéresis* (una noción retomada también en los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola, a propósito de las Reglas para el discernimiento de los espíritus⁵⁵), y al final decide. Para que la acción sea buena, se requiere que cada uno de los tres pasos sean buenos.

Es sobre todo el tercer momento, el *imperium*, el imperio, el acto peculiar de la prudencia, que la distingue de las demás virtudes intelectuales, pero también de una virtud práctica como el arte, orientada a la producción de obras externas, en las que la destreza y la habilidad son esenciales. Y, de hecho, mientras en el arte un error deliberado, que contradice voluntariamente la regla, es menos grave que un error realizado por ignorancia de la norma, en la prudencia sucede exactamente lo contrario. Esto porque en el arte la facultad que predomina es la rectitud del juicio, mientras que lo específico de la acción moral es el mandato, la rectitud de la voluntad (cfr *Sum. Theol.* II-II, q. 47, a. 8). Solo cuando interviene el imperio se puede hablar de vida moral.

De ahí la complejidad de esta virtud. Para actuar bien se requiere, en primer lugar, deliberar bien, gracias a una razón en armonía con la sensibilidad (la *vis cogitativa*). Pero esto no basta. Una vez que se sabe lo que es bueno, debemos actuar rápidamente. Aristóteles y Tomás están de acuerdo en destacar que el prudente delibera por mucho tiempo, pero decide en poco tiempo y ejecuta con prontitud lo que ha decidido.

Por lo tanto, la prudencia no es en absoluto sinónimo de postergación indefinida o habilidad para no tomar nunca posición, como se piensa mayoritariamente hoy. Al contrario, para Tomás su característica principal es la solitud (literalmente, retomando de nuevo a Isidoro, ser *solers citus*, veloces y vivaces): una vez que la razón ha deliberado, la acción debe seguir rápidamente, porque la prudencia proporciona, más allá del conocimiento, también la fuerza para hacer el bien⁵⁶.

Esta rapidez es indispensable, porque al momento de decidir pueden surgir impedimentos emocionales, como el miedo o la ansiedad, que pueden hacer que se vuelva a poner en discusión sin motivo una buena decisión. La prudencia confiere suficiente certeza moral, pero no puede tener el rigor y la evidencia del saber especulativo. Quien, como el escrupuloso, busca la corroboración total, infalible, o cree que el tiempo y las fuerzas no son suficientes, no llegará nunca a una conclusión. Uno de los dramas de nuestra sociedad es la búsqueda de una certeza total en las elecciones que debemos realizar, lo cual tiene como consecuencia el aumento del espacio de la incertidumbre y la ansiedad⁵⁷.

Deliberación lenta y decisión rápida: estos son los pilares indispensables de la prudencia, una virtud que procede a dos velocidades. Pero si no hay suficiente certeza en los

⁵⁵ Cfr *Sum. Theol.* I, q. 79, a. 12; Ignazio di Loyola, s., *Esercizi spirituali*, n. 314.

⁵⁶ «Según San Isidoro, en el libro *Etymol.*: *Solícito significa sagaz y rápido*, en cuanto que hay quien, por cierta habilidad del ánimo, es rápido para emprender lo que debe obrar. Esto corresponde a la prudencia, cuyo acto principal es el imperio para la acción sobre lo que previamente ha sido el objeto del consejo y del juicio. Por eso dice el Filósofo en VI *Ethic.* Que *conviene obrar rápidamente una vez tomada la determinación, pero ésta se ha de tomar con calma*. Por esa razón, la diligencia es propiamente acto de la prudencia» (*Sum. Theol.* II-II, q. 47, a. 9).

⁵⁷ Cfr G. Cucci, «I mille volti della paura», en *La forza dalla debolezza. Aspetti psicologici della vita spirituale*, Roma, AdP, 2011, 321-359.

primeros dos momentos, entonces se debe esperar, pues faltan los elementos indispensables de referencia.

Los enemigos de la prudencia

Tomás aclara que la prudencia no se pierde por un defecto de la memoria, por falta de conocimiento de la norma (como sostenía el intelectualismo socrático), sino por las pasiones desordenadas (cfr *Sum Theol.* II-II, q. 47, a. 16). La mala elección surge de una falta de armonía entre el intelecto y la sensibilidad (eso que Ignacio llama los «afectos desordenados»: cfr *Ejercicios espirituales*, n. 1); la persona se vuelve así incapaz de reconocer el bien en lo concreto, desatendiendo los valores esenciales para la vida.

Entre las actitudes específicamente contrarias a la prudencia está el escrúpulo, que mencionábamos más arriba, o su contrario, la decisión tomada demasiado apresuradamente, presa de la ansiedad del momento, sin una adecuada deliberación. Esta es otra forma de imprudencia, incapaz de recorrer las etapas necesarias que conducen a una buena elección: la memoria del pasado, la inteligencia, la razón, la diligencia y, sobre todo, la docilidad (cfr *Sum. Theol.* II-II, q. 53, a. 3).

En su célebre «silogismo del intemperante», Aristóteles había tratado el tema del que descuida la regla, aun conociéndola, para seguir más bien la sugestión del momento⁵⁸. Sabe lo que debe hacer, pero en la situación concreta prefiere ignorarlo y renuncia a lo que le sugiere la razón. La precipitación es un vicio que prolifera en la era de las redes sociales, en las que con facilidad se publican mensajes sin haberlos pensado y evaluado con calma, dando expresión al lado más superficial de sí mismos.

Una virtud olvidada

El tratado de Santo Tomás sobre la prudencia sigue siendo aún hoy el más completo y articulado que jamás se haya escrito. En la época moderna, como dijimos, el tema pierde rápidamente interés, incluso entre los exponentes de la segunda escolástica. Tomás de Vio – conocido como el Cayetano (1469-1534) – reserva un espacio extremadamente exiguo a la virtud de la prudencia en su célebre comentario a la *Suma*. Un siglo más tarde, Juan de Santo Tomás (1589-1644) ni siquiera la menciona, e insiste más bien en el papel de la conciencia en el obrar moral.

Sin embargo, es con Francisco Suárez (1548-1617) que el significado atribuido a la prudencia vive un punto de inflexión. El *Doctor eximius*, si bien partiendo de Tomás, extiende el significado, enfatizando la dimensión de proyección y precisión jurídica y política que caracterizará la dirección propia de la edad moderna, y que había

⁵⁸ «Es obvio que quien obra con incontinencia no piensa que debería [obrar así], antes de encontrarse en medio de la pasión» (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, VII, 2, 1145b). Santo Tomás comenta de forma fulminante: «Es evidente que el incontinente, antes de que intervenga la pasión, no cree que hará eso que luego hará por pasión» (*Comentario a la Ética a Nicómaco*, n. 1341).

encontrado su expresión más lograda en Maquiavelo⁵⁹. Para el pensador florentino, la prudencia es ante todo objeto de maquinaciones para alcanzar el poder y astucia estratégica necesaria para conservarlo y triunfar sobre sus enemigos; cuando es necesario, esta exige realizar el mal. En este sentido la prudencia tiene un significado totalmente distinto de la tradición anterior, reduciéndose a mera astucia de gobierno, alejada de la sabiduría: «conviene que los buenos consejos, de cualquiera parte que vengan, dimanen de la prudencia del príncipe, y que ésta no dimanen de los buenos consejos que él recibe»⁶⁰.

Así, incluso en el ámbito teológico es difícil encontrar ensayos y estudios sobre esta virtud decisiva de la vida moral. En su mayoría se trata de comentarios puntuales al texto de Tomás (Pieper, McCabe, Cessario). Los moralistas modernos tienden a reducir el tema a una colección de máximas y reflexiones proverbiales bastante genéricas (Montaigne, La Bruyère, La Rochefoucauld), a un conjunto de normas rigurosas pero abstractas (Kant, Spinoza), a una mera expresión subjetiva de emotividad, renunciando a una posible justificación de la misma (Diderot, Hume, Stevenson), o la ven como un modo de proceder en el ámbito económico (Zamagni, Yuengert). En el mejor de los casos se retoma la dimensión existencial de la sabiduría como «arte de vivir», contraponiéndola a la mentalidad alienada de la época tecnológica (Foucault, Heidegger, Arendt, Gadamer).

Pero no quedan huellas de las características esenciales de la prudencia, arriba recordadas, sin las cuales no es posible llevar una vida digna de este nombre: «La prudencia es la virtud más necesaria para la vida humana. Efectivamente, vivir bien consiste en obrar bien. Pero, para que uno obre bien no sólo se requiere la obra que se hace, sino también el modo de hacerla, esto es, que obre conforme a recta elección, y no por impulso o pasión» (*Sum. Theol.* I-II, q.57, a. 5).

Sin la deliberación de la prudencia, el edificio mismo de la filosofía podría derrumbarse. Es la parábola de la filosofía moderna mostrada elocuentemente por Alasdair McIntyre: «La apelación de Kant a la razón era heredera histórica y sucesora de las apelaciones de Diderot y Hume al deseo y las pasiones. El proyecto de Kant fue una respuesta histórica a esos fracasos como el de Kierkegaard lo fue al suyo [...]. Así como Hume intenta fundamentar la moral en las pasiones porque sus argumentaciones han excluido la posibilidad de fundamentarla en la razón, Kant la fundamenta en la razón porque sus argumentaciones han excluido la posibilidad de fundamentarla en las pasiones, y

⁵⁹ La definición de Suárez («La prudencia es la regla suprema de las acciones humanas») se acerca más a la noción de ley de Santo Tomás («La ley es la regla y la medida de las acciones») que a la de virtud cardinal. Al respecto, observa Cintia Faraco: «Al vincular la prudencia a la justicia, ésta se entiende no en su acepción de virtud cardinal, sino en la mucho más terrenal y mundana de administrar y hacer justicia. Suárez, en esencia, multiplica los campos de aplicación de la prudencia, revistiéndola del pragmatismo que Maquiavelo, en sus obras, había descrito como el comportamiento del príncipe prudente» (C. Faraco, «Tra saggezza e realismo político: machiavellismi di Suárez», en *Heliopolis* 12 [2014/2] 131; cfr F. Suárez, *De voluntario et involuntario in genere, deque actibus voluntariis in speciali*, en *Opera Omnia*, Paris, Vives, 1856, Tomo IV, tract. I, disp. IV, sect. III, par. 29; *Sum. Theol.* I-II, q. 90, a. 1).

⁶⁰ N. Maquiavelo, *El Príncipe*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2004, c. XXIII; cfr c. XV.

Kierkegaard en una elección fundamental ajena a todo criterio porque a ello le impele la naturaleza de sus consideraciones, que excluyen tanto la razón como las pasiones»⁶¹.

No obstante los múltiples intentos, el resultado más común es la rendición frente al inquietante advenimiento del nihilismo, que encuentra en Nietzsche su expresión más lograda.

Dos obstáculos, en particular, se interponen en el camino de una posible revaloración de la prudencia. El primero es la exclusión de una perspectiva trascendente, fuente principal de este saber que orienta a la beatitud, participación en la vida divina y fin propio de la vida humana (cfr *Sum. Theol.* I-II, qq. 1-4). El segundo gran obstáculo para la prudencia es el dualismo antropológico, que desde Descartes en adelante permanece como un supuesto que realmente nunca se ha cuestionado. Al proponer la separación entre razón y afectos, como hemos visto, se vuelve imposible la fundación misma del discurso moral: es el curioso punto de llegada de una época nacida bajo el símbolo de la exaltación de la razón como único criterio de valoración y de comportamiento.

⁶¹ A. MacIntyre, *Tras la virtud*, Madrid, Austral, 2014.



POR TU PALABRA

“Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea” Comentario a Mt 28,8-15

Orden Carmelitas

1. Oración inicial

Señor Dios, que por medio del bautismo haces crecer a tu Iglesia, dándole siempre nuevos hijos, concede a cuantos han renacido en la fuente bautismal vivir siempre de acuerdo con la fe que profesaron. Por nuestro Señor.

2. Lectura del santo Evangelio según Mateo 28,8-15

Ellas partieron a toda prisa del sepulcro, con miedo y gran gozo, y corrieron a dar la noticia a sus discípulos. En esto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «¡Salve!» Y ellas, acercándose, se asieron de sus pies y le adoraron. Entonces les dice Jesús: «No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán.» Mientras ellas iban, algunos de la guardia fueron a la ciudad a contar a los sumos sacerdotes todo lo que había pasado. Estos, reunidos con los ancianos, celebraron consejo y dieron una buena suma de dinero a los soldados, advirtiéndoles: «Decid: 'Sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos.' Y si la cosa llega a oídos del procurador, nosotros le convenceremos y os evitaremos complicaciones.» Ellos tomaron el dinero y procedieron según las instrucciones recibidas. Y se corrió esa versión entre los judíos, hasta el día de hoy.

3. Reflexión

- ¡Pascua! El evangelio de hoy describe la experiencia de resurrección de las discípulas de Jesús. Al comienzo de su evangelio, al presentar a Jesús, Mateo había dicho que Jesús es el Emmanuel, Dios con nosotros (Mt 1,23). Ahora, al final, él comunica y amplía la misma certeza de fe, pues proclama que Jesús resucitó (Mt 28,6) y que

estará siempre con nosotros, ¡hasta el final de los tiempos! (Mt 28,20). En las contradicciones de la vida, esta verdad es muchas veces contestada. No faltan las oposiciones. Los enemigos, los jefes de los judíos, se defienden contra la Buena Nueva de la resurrección y mandan decir que el cuerpo fue robado por los discípulos (Mt 28,11-13). Todo esto acontece hoy. Por un lado, el esfuerzo de tanta buena gente para vivir y testimoniar la resurrección. Por otro, tanta gente mala, que combate la resurrección y la vida.

- En el evangelio de Mateo, la verdad de la resurrección de Jesús se cuenta a través de un lenguaje simbólico, que revela el sentido escondido de los acontecimientos. Mateo habla de un temblor de tierra, de relámpagos y ángeles que anuncian la victoria de Jesús sobre la muerte (Mt 28,2-4). Es el lenguaje apocalíptico, ¡muy común en aquella época, para anunciar que, finalmente, el mundo fue transformado por el poder de Dios! Se realizó la esperanza de los pobres que reafirmaron su fe: “¡Él está vivo, en medio de nosotros!”
- Mateo 28,8: La alegría de la Resurrección vence el miedo. En la madrugada del domingo, el primer día de la semana, dos mujeres fueron al sepulcro, María Magdalena y María de Santiago, llamada la otra María. De repente, la tierra tembló y un ángel apareció como un relámpago. Los guardas que estaban vigilando el túmulo se desmayaron. Las mujeres se quedaron con miedo, pero el ángel las reanimó, anunciando la victoria de Jesús sobre la muerte y enviándolas a que reunieran a los discípulos de Jesús en Galilea. Y en Galilea ellas podrán verle de nuevo. Allí, donde todo empezó, acontecerá la gran revelación del Resucitado. La alegría de la resurrección comienza a vencer el miedo. Se inicia el anuncio de la vida y de la resurrección.
- Mateo 28,9-10: La aparición de Jesús a las mujeres. Las mujeres salen corriendo. Se sienten habitadas por una mezcla de miedo y de alegría. Sentimientos propios de quien hace una profunda experiencia del Misterio de Dios. De repente, Jesús mismo va a su encuentro y dice: “¡Alégrense!”. Ellas se postran y adoran. Es la postura de quien cree y acoge la presencia de Dios, aunque sorprende y supera la capacidad humana de comprensión. Ahora Jesús mismo da la orden de reunir a los hermanos en Galilea: "No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán."
- Mateo 28,11-15: La astucia de los enemigos de la Buena Nueva. La misma oposición que Jesús encontró en vida, aparece ahora después de su resurrección. Los jefes de los sacerdotes se reunieron y dieron dinero a los guardias. Tienen que apoyar la mentira de que los discípulos robaron el cuerpo de Jesús y se inventan algo sobre la resurrección. Los jefes rechazan y luchan contra la Buena Nueva de la Resurrección. Prefieren creer que todo fue una invención de los discípulos y discípulas de Jesús.

El significado del testimonio de las mujeres. La presencia de las mujeres en la muerte, en el entierro y en la resurrección de Jesús es significativa. Testimoniaron la muerte de Jesús. (Mt 27,54-56). En el momento del entierro, se quedaron sentadas ante el sepulcro y por tanto pudieron decir cuál era el lugar donde fue colocado el cuerpo de Jesús (Mt 27,61). Ahora, el domingo de madrugada, están de nuevo allí. Saben que aquel sepulcro vacío ¡es realmente el sepulcro de Jesús! La profunda experiencia de la muerte y de la resurrección que hicieron les transforma la vida. Ellas mismas resucitarán y se volverán

testigos cualificados en las comunidades cristianas. Por esto, reciben la orden de anunciar: "¡Jesús está vivo!" ¡Resucitó!"

4. Para la reflexión personal

- ¿Cuál es la experiencia de resurrección en mi vida? ¿Existe en mí alguna fuerza que trata de combatir la experiencia de resurrección? ¿Cómo reacciono?
- ¿Cuál es hoy la misión de nuestra comunidad como discípulos y discípulas de Jesús?
- ¿De dónde podemos sacar fuerza y valor para cumplir nuestra misión?

5. Oración final

Bendeciré al Señor, que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. (Sal 15)

EL ANAQUEL

¿Giro hacia ‘lo católico’?⁶²

José Javier Ruiz Serradilla⁶³

El mundo católico español anda revuelto. Dividido entre la euforia, con un cierto tinte triunfalista, y el escepticismo. *Los Domingos*, *Lux*, *Sobre Dios: pensar con Simone Weil*, *El loco de Dios en el fin del mundo*, los llenazos de Hakuna, *Llamados* o *El despertar*, etc. Hechos todos que han estallado en los medios. Unos hablan de giro y otros de moda. Lo católico está en el candelero. Está claro que algo se mueve. Pero no solo hay que constatarlo, y celebrarlo o criticarlo, sino también abordarlo. ¿Estamos ante un giro o una moda pasajera? ¿Tal vez ante algo más complejo? ¿Qué nos indica este cambio? ¿Cómo responder ante él? Son algunas de las preguntas que conviene hacerse.

¿Postsecularización?

Aunque el fenómeno español tenga sus peculiaridades propias, parece ser compartido por algunos otros países: Francia, Finlandia o Estados Unidos, al menos. Los jóvenes, en especial los de la Generación Z, comienzan a romper el silencio impuesto por el laicismo todavía imperante: empiezan a hablar de Dios con normalidad.

¿Estamos asistiendo al inicio del fin de la era secular, como parece indicar el propio Charles Taylor en su último libro, *Cosmic Connections* (2024), que ahonda en ese camino de reencantamiento del mundo a través de la belleza? ¿Tal vez, según el análisis de Hans Joas, a una resituación de lo sagrado desde la inmanencia secular hacia la trascendencia divina?

Responder a estas cuestiones no resulta fácil, pero sí podemos constatar que el fracaso del proyecto de la Modernidad es un hecho. Anunciado, aunque no consumado, los síntomas de su imparable deterioro son palpables. El optimismo ilustrado se transmutó en desencanto posmoderno –o tardomoderno– y en un intento de deconstruir la realidad a fin de constituirla de nuevo. El resultado: el hombre sin moldes, líquido –¿o tal vez gaseoso?–, que intenta crear su continente a golpe de cambiante deseo, ya que ahí reside su autonomía –su libertad–. Pero, al licuarse, en vez alcanzar plenitud, ha devenido

⁶² Pliego publicado en la revista “Vida Nueva”, núm. 3.449 del 7-13 de marzo de 2026.

⁶³ Profesor de Filosofía.

desconcertado, vacío, desequilibrado, roto y..., en muchos casos, abocado a la muerte. (No en vano, el creciente número de suicidios entre jóvenes aflora como uno de los problemas más alarmantes).

En medio del desconcierto, se empiezan a oír voces que reclaman algo. Se vuelve a pedir sentido, a buscar sólida identidad y, como no podía ser de otro modo, a desear trascendencia.

Aunque todavía tímidas, esas voces comienzan a hablar sin pudor. Se ha perdido el miedo a preguntar si ese deseo íntimo de una belleza que no defraude apunta realmente hacia Alguien. La pregunta por el Dios que me persigue en ese deseo de Absoluto –el Dios *stalker* de Rosalía– se plantea con normalidad. Se inquiera por su existencia, por quién es y si es el que propone alguna religión o el de ninguna... Y quienes comienzan a alzar la voz son los *centennials* y algunos de los Alfa, que –al parecer– están contagiando a *millennials* e incluso abriendo la mente más laicista de unos cuantos *boomers*.

¿Podemos decir que asistimos al comienzo de una era postsecular? No me atrevería a afirmarlo, pero sí es un hecho que el laicismo de la modernidad, seguro de la construcción de un mundo con única residencia en la inmanencia, no podía imaginar que, por mucho que se licuara la naturaleza humana, el deseo de Absoluto fuera inextinguible y que, mientras más se la deconstruyera, con mayor intensidad se manifestaría. Eso sí, para llegar aquí se ha llenado el camino de multitud de heridos y no pocos cadáveres. Testigo de ello es la fragilidad de estas inquietas generaciones.

¿Melancolía o nostalgia de absoluto?

Tendemos a identificar melancolía y nostalgia y, al calificar este rebrote del deseo de Absoluto, muchos modernos y tardomodernos –ya sean liberales comecuras, cuyo único dios es *mammón*, o *wokistas pijiprogres* (*bobós* los llaman los franceses) que siguen reivindicando un laicismo agresivo– tienden a ubicar este fenómeno en el sentimentalismo que invade a nuestros jóvenes y, en consecuencia, lo identifican con una suerte de romántica reacción que mira hacia un pasado en que Dios establecía seguridades y consuelos. Esa melancolía –o nostalgia– es una crisis de adolescencia que pasará, cuajando en el nacimiento de una nueva humanidad que se construirá sin límites al albur de sus deseos.

Aunque en este análisis hay algo de verdad –porque el *siento luego existo*, reivindicado por Kundera en *La inmortalidad*, define muy bien, quizás extremadamente bien, a las generaciones Z y Alfa, pero los sentimientos son bien variados y el sentimentalismo pueda tender a la melancolía–, no todo sentimiento apunta a ella. Quizás, parte del error en el análisis provenga de esta confusión que se hace patente al identificar melancolía y nostalgia.

Melancolía es sentimiento de huida, de negación. El melancólico busca refugio frente a una realidad que percibe como mal. Y ansía luz, pero mirando al pasado e intentando recrearlo. La busca en el negro sol del recuerdo. No añora el sol luminoso al que no mira. Así la retrata Durero con gran finura en uno de sus grabados.

Nostalgia es sentimiento de hogar. Sueña con él y se duele en su ausencia esperando su presencia. Mira a lo lejos, a la luz, y quiere caminar hacia el sol de su deseo.

Estos jóvenes que comienzan a girar sufren de nostalgia, no de melancolía. Sienten aversión hacia aquello que les licúa haciéndoles carecer de identidad. Huyen del laicismo imperante que les ha negado solidez propia, yo auténtico, porque comienzan a percibir que no puede haber auténtica libertad sin fuerte identidad. Están hartos de microrrelatos, de experiencias, y sueñan con encuentros. Tienen nostalgia de plenitud, no melancolía de consuelo. Nostalgia de Alguien que les acoja en su fragilidad y les restaure. Esperan a Dios. Su reacción no es romántica melancolía sino esperanzada nostalgia. Y, como tal, puede frustrarse o no. Y es que el colapso de la Modernidad en cualquiera de sus versiones se encuentra en el corazón del hombre, en su sed de eterna felicidad. (El eros platónico o la *inquietudo cordis* agustiniana). Anhelan y esperan la llegada de Alguien que les acoja incondicionalmente. Y ese Alguien llega porque no se ha ido. Reside, al menos, en su deseo, donde se vislumbra como ausente experimentando su velada presencia. Reside en su paradójica nostalgia.

Ni triunfalismo ni escepticismo

Ante este fenómeno, mal analizado por los persistentes laicistas, también se posiciona el mundo católico. Y aquí nos encontramos con otros dos malos análisis: el triunfalista y el escéptico.

El triunfalista canta victoria. En su ingenuo imaginario se representa al laicismo, cual Juliano el Apóstata, herido de muerte y exclamando: “¡Venciste, Galileo!”.

Se deja impresionar por el número de asistentes a los Retiros de Emaús, los llenazos de los conciertos y adoraciones de Hakuna, *Nightfever*, *Una luz en la noche*, la persistencia de los *Cursos Alpha* a lo largo de los años y por las nuevas metodologías catequéticas como *Life Teen* o el *Oratorio de niños* e inclusive por el gran número de vocaciones de algunas nuevas congregaciones. Y es cierto: hay gente y muchos son jóvenes. También conversiones y vocaciones. Es indudable.

Pero no se debe ni magnificar el fenómeno ni mirar a los destellos de luz que aparecen en el mundo extraeclesial lanzando las campanas al vuelo.

Sería bueno que cruzáramos el umbral de nuestras parroquias y movimientos. Que no miráramos al mundo desde ellos, sino desde él mismo y, situados ahí, dirigiéramos la vista a nuestras parroquias y movimientos. Quizás nos daríamos cuenta de que algo gira desde el deseo y hacia Dios, aunque muchos de los que comienzan a moverse no saben ni quién es ese Dios ni si es el de alguna religión. Y, en esa búsqueda, algunos se acercan a la Iglesia, otros a las mezquitas u a otras propuestas religiosas o pseudoreligiosas. Así, constataríamos que hay un giro que no solo es católico y, por tanto, no deberíamos apropiarnos de él, sino tomar conciencia de que nos encontramos ante una oportunidad. No de triunfo, sino de acompañamiento personal.

El pesimista lo es por desconfianza. Sabe que Cristo no entiende ni de éxitos ni de números. Y tiene razón, ya que, si el cristianismo es una historia de amor, solo es posible de tú a tú. Tiende a percibir en estos fenómenos un intento de vuelta al catolicismo social y en el sentimentalismo que define a los Z y Alfa, un peligro más que una oportunidad. Ya hemos visto vaciarse iglesias y congregaciones que antes estaban llenas a rebosar.

¿Vamos a repetir lo mismo? Por ello, frente al triunfalista, no le gusta hablar de giro católico; prefiere cambiar de expresión: *moda de lo católico*. Y, como tal, pasajera.

Su prevención se entiende, pero lo que en algunos quizás sea moda en otros se adivina giro. Y puesto que es difícil –ciertamente difícil– distinguir entre moda y giro, ¿no habrá que tender la mano en vez de refugiarnos en el inmovilismo de la sospecha? Eso sí, sin triunfalismos.

El problema de ambos, triunfalista y pesimista, es reducir la mirada. Si la ampliaran, se darían cuenta de que estamos ante un signo de nuestro convulso tiempo que debe ser acogido con cuidado, no prevención, y esperanza, ajena a cualquier canto triunfalista. Fenómeno que hay que acoger sabiendo que, en su fondo, brillan los rostros de personas concretas que se mueven, reclaman y esperan. Rostros que han de ser acogidos y acompañados. Uno a uno.

Motivos y exigencias

Para ello, es necesario intentar acercarnos a la cuestión compleja de los motivos que han contribuido a la aparición como fenómeno social de esa nostalgia de Dios, a fin de ver qué es lo que podemos aprender de ellos con el propósito de dar respuesta a estas personas que *giran*.

Ante tan compleja cuestión, mi análisis, lejos de ser exhaustivo, solo pretende resaltar algunos motivos que –a mi pobre juicio– son de especial relevancia.

1. El primero proviene del laicismo arrasador de la Modernidad. A lo largo de lo aquí expuesto, he empleado dos adjetivos para calificarlo que pueden resultar equívocos: agresivo y arrasador. Ambos pueden dar lugar a que el bienintencionado lector tienda a pensar que, frente a un laicismo agresivo y arrasador, es posible otro más benévolo. Lejos de mí tal intención. El laicismo es combativo y está en su esencia la eliminación de lo divino y religioso. (Nótese en este sentido la reciente Ley 9 de Quebec, sobre el fortalecimiento de la laicidad). Ni seamos ingenuos ni nos dejemos embaucar por aquellos que nos quieren presentar el laicismo como el posibilitador de toda libertad de conciencia, también de la religiosa. No hay laicismo débil y, en su fuerza, entiende que no habrá secularización real hasta que el fenómeno religioso y sus divinas referencias, en cualquiera de sus manifestaciones, sean eliminados no solo del cuerpo social, sino –y hete aquí el reto– de la vida y la mente de todos los seres humanos.

Perdón por tan expeditiva aclaración, pero es importante si queremos comprender cómo el laicismo está motivando la aparición del giro hacia Dios del que nos ocupamos. Si no, puede llegar a colársenos esa curiosa lectura –a mi juicio, nada ajustada– que agradece

al laicismo, entonando un himno triunfal, el haber constituido un contexto de libertad de conciencia, sin injerencias doctrinales –cito a Sergio del Molino– en el que puede expresarse todo, hasta este giro hacia lo divino.

No dudo de la buena intención de dicha lectura, pero, como poco, resuena ingenua. El laicismo de nuestra tardomodernidad puede haber dejado de ser agresivo en muchas de sus manifestaciones, no en todas, pero sigue teniendo claro cuál es su objetivo. No se ha desnaturalizado.

Lo cierto es que lo que está ocurriendo viene motivado por ese laicismo que ha conseguido arrasar con todo lo que suene a religioso en buena parte de las jóvenes generaciones, pero convertir la tierra en erial no es lo mismo que hacerla estéril.

Esta se ha removido y, al hacerlo, ha desaparecido cualquier rastro de vegetación, mas lo que se ha conseguido con ello es hacerla virgen, fértil. He aquí la paradoja que los modernos laicistas jamás se imaginaron. Liberados de toda dogmática creencia, pero también de todo prejuicio, hablar de Dios ya no produce sarpullido ni pone los pelos de punta a los jóvenes que han sido educados en el laicismo. Sí sigue teniendo estos efectos entre aquellos que, sin llegar a ser cristianos, han recibido una aparente pátina católica en algunos de nuestros centros educativos católicos. (Fenómeno este que merecería especial atención).

2. Un segundo motivo a tener en cuenta es la disolución del catolicismo social que, en nuestro país de raigambre católica, organizaba la vida social, al menos aparentemente, y que ha traído como consecuencia que para muchos haya dejado de ser un rito social el que los recién nacidos sean bautizados, los niños hagan la primera comunión y el matrimonio se contraiga en la iglesia. Ya no existe un marco social que obligue a todos a ser culturalmente católicos, aunque esta mentalidad todavía sea mantenida por algunos pocos.

A consecuencia de ello, muchos desconocen absolutamente todo lo referente al cristianismo. Sin prejuicios por ser hijos del laicismo y con ignorancia de lo católico algunos, al girar atendiendo a su deseo de Dios, se acercan al cristianismo, quieren conocerlo.

3. Otro motivo es la ya nombrada cultura líquida de la deconstrucción postmoderna, pero en esa expresión radical del proyecto *woke*. (Muy extendida en Estados Unidos y haciéndose notar con fuerza en la vieja Europa). La licuación de la persona y la llamada a que cada uno cree a su antojo los moldes que pueda rellenar con su fluyente líquido no produce más que inestabilidad, fragilidad, sinsentido, vacío y, como ya indicamos, un número creciente de suicidios entre los jóvenes.

Frente a ello, estamos asistiendo a una reacción generacional, una búsqueda de moldes sólidos, de ideas e ideales que puedan reconstituir al yo dotándole de estabilidad y sentido. Comienza a haber una fuerte oposición hacia todo lo que suena a cultura de la cancelación.

Son más los motivos y los absolutamente fundamentales no pueden ser abordados porque residen en el íntimo hondón del corazón de cada mujer u hombre que comienza a manifestar sin tapujos su deseo de Alguien que nunca defraude.

Indudablemente, el giro es un hecho, más que social, personal. Un conjunto de hechos únicos que comienzan a aparecer plenos de exigencias hacia los que decimos habernos encontrado con Dios.

¿Cuáles son sus exigencias?

1. Buscan a Alguien que llene su corazón. Y lo hacen desde el sentimiento, tal vez desde la hipertrofia de este, el sentimentalismo. Exigen un acceso afectivo al Absoluto que desean. Así, se torna necesario abrir un camino sentimental que no defraude. (Lo hará si es sentimentalista). Camino que no hay que inventar, ya que fue transitado por el Sócrates del platónico Fedro y el doctor de Hipona: la vía de la Belleza. Es deber nuestro responder a la exigencia del corazón siguiendo con seriedad, sinceridad y en acompañada compañía la *scala amoris* que lleva hasta el descubrimiento y deleite de la Belleza-Bondad del Maestro interior.

2. Reclaman a Alguien que cure y cuide porque están rotos, fragmentados, licuados. Necesitan quien los acoja y ampare. Y que lo haga atendiendo uno a uno con tacto y mimo. Es responsabilidad nuestra, como cristianos, vivir desde la vía de la ternura haciéndonos siempre presente la pregunta de Jesús en la parábola del buen samaritano: “¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?” (Lc 10, 36). Hemos de obligarnos a responderla como lo hicieron ante nosotros aquellos que nos curaron y cuidaron cuando, fragmentados, abríamos nuestra vida esperando que Alguien viniera a salvarnos. Solo Cristo salva, pero nosotros debemos ser transparencia de su rostro cuidando y acogiendo sin buscar nada, ni siquiera la conversión de los que nos exigen tierno trato.

3. Quien tiende su mano desde su condición herida, muy herida, busca a Alguien que no le utilice. Exige, muchas veces escéptico y desconfiado a causa de haber sido a menudo defraudado, incondicionalidad. No quiere ser un trofeo, uno más, que engrose las filas de cualquier causa, grupo o supuesta comunidad, sino ser acogido por él mismo, como él mismo. Es así como debemos abrir esa vía de la incondicionalidad que decimos transitar desde ese instante en que el encuentro con Cristo cambió nuestra vida. Que quien comienza a girar encuentre en nosotros testigos centrados en él con exclusividad. Testigos que resisten a la épica del conquistador, de los triunfalismos numéricos y mediáticos, del marketing pastoralista, que no planificación pastoral, que termina reduciendo al que espera a Dios –con ansia y muchas veces con angustia– en objeto de conquista, en vez de descubrir en él lo que nosotros decimos haber constatado. A saber, que somos sujetos de amor, del de un Dios encarnado que nos amó primero y que sigue llamando a la puerta con palabras de incondicionalidad: “Ábreme, hermana mía, amada mía...” (Cant. 5, 2).

4. Hijos de la autonomía no consienten intromisiones. Giran, sí, pero exigen Alguien que respete su libertad. A pesar de que tantas veces esta no haya sido liberadora. Son ellos los que marcan sus ritmos, que coexisten con sus contradicciones. Quieren avanzar y necesitan ayuda, pero nunca dirigismos. El problema es que, en sus momentos de

contradicción, pueden ser controlados, dirigidos, al abrir su intimidad a quienes pueden abusar de ella. Y no hay peor abuso que el de aquel que, constituyéndose en supuesta voz de Dios, osa injerirse en una conciencia rota que busca sanación, hiriéndola irremisiblemente de muerte. Como Iglesia, debemos estar atentos a estos lobos con piel de cordero (Mt 7, 15) y, con amorosa paciencia, acompañar desde la vía de la autonomía, testimoniando una libertad que libera, la de Cristo (Gál 5, 1), y que nos ha constituido en hijos de la libertad.

5. Hartos de haikus y microrrelatos, ansían relatos que llenen el corazón. Narraciones que hablen de algo sólido, estable, que suene a grande. Historias sobre ese Alguien que el corazón desea, revelado y oculto en su condición de misterio. Relatos

sinceros que partan de la experiencia del relator. Vivos, oliendo a vida, y, ante todo, no raquíticos y tampoco estrechos, desistiendo en su sonar a lecciones aprendidas mas no vividas. Es necesario abrir la vía del relato que trascienda el testimonio de ambón, centrándose en lo que como testigos “hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida” (1 Jn 1, 1).

6. Desean a Dios, pero se saben frágiles. Buscan a Alguien que acompañe su fragilidad y necesitan a aquellos que, desde su encuentro con Cristo, los acompañen en fragilidad compartida. Por ello, les resultan insoportables esos católicos que se presentan como inmunes a toda duda, invulnerables, seguros e intachables. Necesitan a aquellos que palpan su fragilidad viviendo desde ella y que, en medio de su miseria, les recuerdan que Dios es el Bajísimo, no el inalcanzable Altísimo. Esos que se saben indignos de llevar el nombre de cristianos y que viven día a día la relación con su Cristo como inmerecido regalo. Aquellos en los que, en su rostro, brilla la pequeñez del niño y que, en su debilidad e inseguridad, solo pueden ofrecer sus manos sucias y vacías. Es la vía de la miseria la única que puede hacerles comprender que tienen un lugar junto a Cristo, en la comunidad de los pequeños y miserables que es, y siempre será, la Iglesia. Comunidad de maniáticos miserables. Maniáticos que, en su fragilidad, solo tienen una obsesión: Cristo Jesús, el Amado.

Los peligros

Las exigencias abren vías. Algunas de ellas ya las hemos indicado. Y podemos intentar recorrerlas sin atender certeramente a las personas que, desde su deseo de Dios, esperan. Es cierto que el fenómeno del giro se percibe como oportunidad, pero si nos precipitamos pensando que debemos integrar inmediatamente –sin un adecuado proceso– a todo el que se acerca, caeremos en el desalmado oportunismo.

Ante el reclamo de solidez de estas jóvenes generaciones, podemos, con cierta facilidad, transformar su nostalgia de Dios en melancolía, dirigiendo la mirada de estos deseantes de Dios hacia épocas y formas pasadas. Es curioso cómo se oye, en algunos sectores eclesiales y políticos, reivindicar la vuelta a la Cristiandad y a una sociedad constituida por una estructura sacramental. (Expresión rimbombante con la que se refieren a una vida social organizada en torno a bautismos, comuniones, bodas y misas de funeral). A saber, una sociedad de catolicismo cultural.

La melancolía es pésima, pues nos hace olvidar dos cosas. Una es que –como indica Taylor en *La era secular* (2007)–, con la obsesión de obtener una sociedad cohesionada por los valores cristianos en la que luego se pudiera atender a cada uno en la posibilidad de ser realmente cristiano, nos olvidamos de la centralidad de los valores del Reino. Es decir, obviamos que lo primero es constituir una red de *ágape*, una comunidad de mujeres y hombres que, desde su encuentro personal con Cristo, fomenten encuentros de amor con sus prójimos. Otra es obviar que el cristianismo y toda auténtica cultura cristiana nacen del encuentro personal con Cristo y con los que han encontrado a Cristo y son Iglesia. Bien lo manifiesta Kierkegaard en su *Postscriptum* cuando observa que *aquel cuyo cristianismo sea objetivo* (sociocultural) *y nada más, se convierte ‘eo ipso’ en un pagano*. Por tanto, acudir a la melancolía de lo que fue solo puede contribuir a defraudar a quienes se acercan. O bien contribuiremos a su plena disolución, porque huirán de nosotros con absoluta desconfianza y escepticismo casi imposible de desarraigar; o bien se radicalizarán, contribuyendo a la *guerra cultural* y resucitando el *miles Christi*, olvidando que los valores del Reino tienen como centro el amor que nunca puede ver en el otro enemigo sino hermano. La batalla cultural –y me cuesta hablar así– no entiende de confrontación, sino del difícil, esforzado y buscado encuentro. (Sabido que, muchas veces, no llegará a darse).

Otro de los peligros es el de las *vías rápidas*, que olvidan que el cristianismo o es una historia de amor o no es nada. Y, como tal, debemos recordar con insistencia que el amor se fragua en horno lento, no en microondas.

Sin embargo, por razones diversas, podemos tender a usar esas vías rápidas, y parece que lo hacemos. Me gustaría destacar algunas de ellas:

1. Plegarse al sentimentalismo. Huelga observar que las generaciones Z y Alfa han hecho del sentimiento categoría fundamental si no exclusiva. Que hay que comenzar por ahí nadie lo duda, el problema reside en disolver la fe en un fideísmo sentimentalista

que llegará a identificar a Dios con el sentirlo. Que el encuentro con Él se produzca en un instante que inflama el corazón será lo más probable y, siendo así, nos marca el camino, pero este debería ser –como indicábamos con anterioridad– la vía de la Belleza que, partiendo del sentimiento, remita a la razón y se haga vida en el compromiso voluntario. Un sentimiento que huya de la virtualidad autorreferencial y que toque la carne de Cristo. Carne que exige sentir, comprender y vivir.

2. Replicar el modelo TikTok. Es “saber” extendido y compartido el que estas generaciones son incapaces de seguir un discurso que dure más de quince o veinte minutos. Cuanto más corto el discurso, más efectivo. Siento discrepar. Podrán partir del sentimiento, pero no son idiotas. No les tratemos como tales. Si algo constato en mi asiduo trato con ellos, es que son tremendamente inquietos. Les cuesta seguirte, pero hay que educar su atención y, sobre todo, hay que darles respuestas profundas y serias. Respuestas que apelen a su razón y que les ayuden a armar el corazón, a darle una estructura sólida. TikTok quizás sea apto para llamar al corazón proclamando el primer anuncio, pero no ayuda a constituir una vida fundada sobre la sólida roca del Amor. Hay que ir más allá del *kerigma*, lo que requiere tiempo y calma. El tiempo y la calma del amor. Deberíamos retomar el ignaciano conocimiento interno de Cristo para más amarle y más seguirle.

3. **La ilusión del número.** El mensaje de Cristo es universalista. Indudable. Pero no a costa de la persona. Sin embargo, parece que, a veces, nos dejamos encandilar por el número. Nos importan las iglesias, plazas y estadios llenos. El número nos ciega. Quizás a costa de olvidar que lo importante no es lo cuantitativo, sino ese corazón tocado por Dios. Favorecer el ser tocado en multitud no está mal, pero hay que seguir, acoger, curar y cuidar uno a uno. ¡Cuidado con el marketing y el mercantilismo de la fe!

4. **La astucia del “disimulo”.** No menos peligroso es ser tan crédulos que tendamos a pensar que los “llenazos” son síntoma de que todos los que acuden a ellos son tocados. No todos los que se acercan están cerca. Las razones de su presencia pueden ser variopintas. Y, desde luego, se aproximan. Pero no demos nada por supuesto. Hace nada me contaba un amigo, organizador de eucarísticas adoraciones de lleno certificado, que una persona, de recurrente asistencia, se le acercó preguntando: “¿A qué adoramos? ¿A la caja? ¿A la galleta blanca dentro de la caja?”. Cuántos hay que, al menos, preguntan, pero tantos, también, que quizá se acerquen buscando un subidón sentimental que les haga sentirse en paz, tranquilos y a gusto. Es la astucia del “disimulo” que puede confundirnos, ya que muchos de ellos llegan a ser expertos en el uso del lenguaje cristiano, pero solo en él.

¿Es nuestra propuesta provocadora o, sin embargo, nos dejamos embaucar y la descafeinamos? Debemos no acomodarnos y vivir un Evangelio de continua provocación, sin páginas arrancadas, y ser siempre favorecedores de encuentro, de vida siempre antigua y nueva.

5. **Las estufas inmovilistas.** Otro de los grandes peligros es el de sustituir el fuego del cálido hogar por la estufa que hace estar calentito. A veces, cuando un corazón inquieto se acerca, tendemos al paternalismo, a una falsa acogida. Intentamos retenerle con “caramelitos” que le tengan contento con tal de que no se vaya y vuelva al mundo, y nos olvidamos de la radicalidad evangélica. Tendemos así a sustituir la comunidad eclesial por la estufa inmovilista. El fuego de hogar, el del amor de Cristo, no cierra, no niega el mundo, sino que abre a él. La Iglesia no es refugio, sino casa abierta. La propuesta cristiana no da seguridades ni consuelos, sino que crea problemas. Es exigente como el amor de una madre y un padre que siempre acogen. Y la primera exigencia es la de no formar guetos calentitos, sino la de vivir a la intemperie en un frío mundo al que hay que acoger y ofrecerle calor, el que nos es regalado por ese Dios que, a pesar de nosotros, se nos da incansablemente.

6. **La autosuficiencia excluyente.** La propuesta cristiana no es la de un club aristocrático, pero, a veces, lo parece. Y eso es lo que con frecuencia ofrecemos. No debemos ser una Iglesia de pecado, pero sí de pecadores que dan gracias al Dios misericordioso que nos acoge siempre. Eso es lo que buscan los que realmente buscan. No les demos falsas seguridades revestidas de autosuficiencia excluyente. Si así lo hacemos, les revestiremos de armaduras, pero dejarán de ser vulnerables ante Dios. Este, si continuaran entre nosotros, se convertiría en el dios de la ideología, que siempre es abstracto –un ídolo–, olvidando al Dios de carne por quien soy cuidado en mi fragilidad que necesita de su misericordia.

Anamnesis del encuentro

Nuestra acogida pende de nuestro amor. Así, la vía que debe incluir las necesidades exigidas por todo aquel que desea a Dios, es la que hace referencia a la anamnesis de nuestro encuentro con Aquel que esperábamos y nos fue regalado en un instante. Inolvidable y, en su espera, paradójicamente inesperado. Allí, quien deseábamos se hizo presente, su rostro brilló y nos salvó (Sal 79) transformando nuestra vida.

Nos es necesario la continua repetición del instante. Su cotidiana anamnesis. Nuestro amor debe ser renovado a cada instante, añejándose sin perder frescura. De nuestra vida enamorada pende nuestra acogida.

Algunas sugerencias

Desde esta clave anamnética, me atrevo a hacer algunas sugerencias:

1. Huyamos del pensamiento –y la vida– ‘toute faite’ (Péguy). Allí donde se propone como modelo vital el de una burguesía cristiana biempensante, solo anida la doble moral que reduce el cristianismo a una suerte de estabilidad social en la que los valores evangélicos brillan por su ausencia, sustituyéndolos por una serie de prácticas sacramentales, o más bien piadosas, con nula influencia en la propia vida. Se celebra una cosa y se vive otra distinta, si no opuesta. Es el biempensante espiritualismo, que ha olvidado que la falsa espiritualidad es negación de la carne, mientras la espiritualidad auténtica es su regeneración, su salvación, su resurrección (Soloiev). Nos sobra burguesía y nos faltan huesos y carne (cf. Lc 24, 39).
2. Superemos el clericalismo que nos tiene encerrados en las sacristías, los grupos de parroquia, los movimientos... No podemos ser buenistas de fe infantil. Nuestra fe debe encarnarse en el mundo, trabajando sin descanso a favor de su transformación real. Así, seremos testigos que puedan acoger a todo aquel que, desde su ardiente deseo de Dios, se nos acerque.
3. Acompañemos la fragilidad de nuestras jóvenes generaciones. No entreteniéndoles ni fomentando su sentimentalismo. (Se seguirán licuando). Fomentemos el encuentro con el Dios deseado. Y si se ha dado, ayudemos a integrar el sentimiento con el conocimiento sólido y profundo de la riqueza del contenido de nuestra fe, y cooperemos en la integración del conocimiento del Dios encontrado en el compromiso vital. Lo que no se vive, terminará desapareciendo o se convertirá en ideología.
4. Comencemos con el kerigma que llama al encuentro, pero vayamos más allá de él cuando se haya producido. El amor crece y persevera en el conocimiento progresivo del Amado y en su seguimiento comprometido, que alumbra sentimientos de hondura que trascienden la superficialidad sentimentalista.
5. Insistamos en el compromiso en la vida cotidiana. Acompañémoslo siendo testigos de que somos pecadores, no pecado, y que, cayendo y levantándonos, comenzamos a abonar la tierra para que Dios pueda ser encarnado en nuestra fragilidad. Solo se puede

vivir en cristiano desde la fragilidad constatada en el cotidiano compromiso con los valores del Reino.

6. Construyamos desde nuestro frágil compromiso una cultura del Reino. Tengamos presente que las Bienaventuranzas son para todos, no solo para unos pocos escogidos. Superemos los pastoralismos que, en muchos casos, tienen miedo

a proponer que el seguimiento de Cristo exige dejarlo todo, se tenga la vocación que se tenga, y echemos a la gente de las sacristías no para crear nuevas sacristías en el mundo, sino para transformarlo según los valores del Reino.

7. Tomemos conciencia los laicos de que tenemos un papel insustituible e irrenunciable en la encarnación de los valores del Reino en el mundo en que vivimos. Ser mujeres y hombres de Iglesia no se reduce a la celebración eucarística, sino que esta, al igual que el resto de las acciones sacramentales, tienen que explotar en una vida nueva que engendre mundo nuevo. Más allá de *mi misa y mi María Luisa*, está el reinado del Amor.

8. Seamos Iglesia de comunión (sinodal) ampliando el templo. Todos somos necesarios (sacerdotes, religiosos y laicos). Cada uno con su vocación y la misión que brota de ella celebrando esa liturgia cósmica que trasciende todo falso espiritualismo y vive de la encarnación y para la encarnación.

‘Kairós’

El giro es un hecho. Quizás todavía tímido, pero innegable. Es momento propicio (kairós). ¿Sabremos estar a la altura? Solo si nos posicionamos más allá de las tendencias que pueden dar lugar a modas y, recreando nuestro encuentro con Cristo (anamnesis), nos recordamos y manifestamos en el día a día que el cristianismo es una historia de amor que transforma la vida y la genera a su alrededor. Ser católico no es cuestión de modas, sino de encuentro. Ese es el sentido del giro y eso es lo que tenemos que indicar. Todo lo demás, si apunta a ello, bienvenido sea y, si no...

Giremos desde el encuentro, desde el instante, inolvidable e inesperado en su espera. Vivamos los valores del Reino desde el encuentro cotidiano, constatando siempre nuestra fragilidad. Así, los que comienzan a girar descubrirán que el Dios deseado no es ni vana ideología ni bonito sueño, porque lo palparán con tacto cristiano. Con tacto de realidad, descubriendo que ese Dios vive, más aún, que la vida propia. Con tacto de carne, que muestra que lo sobrenatural es en sí mismo carnal y que la eternidad misma está en lo temporal (Péguy).

Es momento propicio.

☆ UNA ESTRELLA EN MI VENTANA

Aprendiendo a contar la vida

**“Contaron lo que les había pasado por el camino
y cómo lo habían reconocido al partir el pan”... (Lc 24,35)**

Caminar por la calle siempre me había parecido una actividad un tanto especial como para hacerla sin método. Por eso contaba y cuento. No lo hago por ansiedad ni por miedo a perderme, sino por respeto: el mundo merece ser recorrido con atención, y la atención, la mayoría de las veces, tiene forma de número.

Uno, dos, tres. Los pasos comienzan siempre al cruzar el umbral de la casa. La acera me parece el verdadero inicio de las cosas. Contar pasos me permite medir la distancia entre la puerta y la esquina, entre la esquina y el semáforo, entre el semáforo y ese árbol torcido que parece inclinarse para escuchar conversaciones ajenas. También se me ocurre pensar si la calle existe cuando no es contada. Porque además de pasos, cuento personas. No todas: solo aquellas que, por algún motivo inexplicable, parecen entrar en mi historia. La mujer que habla sola y gesticula como si discutiera con alguien invisible cuenta como una. El hombre del traje gris que siempre mira el suelo cuenta como dos, porque parece cargar con otra persona encima. Los niños que corretean no se cuentan individualmente, sino como un solo ruido, un solo movimiento, una sola interrupción alegre del orden.

Contar personas es más difícil que contar pasos, porque las personas se mueven, cambian de dirección, desaparecen y reaparecen cuando menos se espera. A veces se te escapa alguna y eso produce una incomodidad leve, como olvidar una palabra en una frase importante. He aprendido que incluso el error tiene su número, aunque no sepa cuál.

Mientras camino, también cuento historias. No con números, sino con suposiciones. Cada persona llevaba una historia encima, y me permito recrearla

apenas lo suficiente como para no sentirme solo. La chica que esperando el bus se concentra en el móvil; está leyendo algo que no quiere compartir todavía. El caballero que camina rápido porque tiene miedo de llegar tarde a un lugar donde no le apetece estar. La pareja que discute en voz baja ensayando una reconciliación futura.

Contar lo que está por suceder es la forma de dialogar con el tiempo. No le pido certezas, solo señales. Presiento que el futuro es un número que todavía no hemos aprendido a pronunciar.

Una tarde decidí no contar. Fue un experimento breve y fallido. Caminé sin números, sin historias, sin anticipaciones. La calle se me volvió extraña, casi ofensiva en su abundancia. Todo pasaba demasiado rápido o demasiado lento, sin medida. Llegué a casa sin saber cuántos pasos había dado, con cuántas personas me había cruzado, cuántas historias había ignorado. Me sentí ausente de mi propio recorrido.

Esa noche decidí volver a contar, incluso dentro de casa. Conté baldosas del pasillo, los segundos entre un ruido y otro, los pensamientos que no lograba ordenar. Me di cuenta de que contar no era una manía, sino una forma de narrarme a mí mismo. Mientras contaba, existía con más claridad.

Hay días que aflojo el “conteo”. Dejo que los pasos se escapen, que las personas sean solo personas, que el futuro permanezca sin numerar. Pero siempre vuelvo a contar algo, aunque sea en silencio. Porque contar no es reducir el mundo, sino tocarlo con cuidado, como quien pasa la mano por la barandilla para saber que sigue ahí.

Caminar, al final, no es solo avanzar. Es leer una secuencia invisible, sumar presencias, restar ausencias, contar historias mínimas para no perderse del todo. Y mientras haya algo que contar, un paso, una cara, una posibilidad, sé que todavía estoy en camino.

Hoy es un día adecuado para abrir la ventana y seguir dando cuenta de números, de personas y de sus historias, porque mientras cuento existo.

Isidro Lozano

